

**SCHOPENHAUER Y WEININGER:
INTENTOS FALLIDOS SOBRE EL AMOR**

CAMILO ALFONSO SALAZAR FLOREZ

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE FILOSOFÍA
BUCARAMANGA
2010**

**SCHOPENHAUER Y WEININGER:
INTENTOS FALLIDOS SOBRE EL AMOR**

CAMILO ALFONSO SALAZAR FLOREZ

Proyecto de grado para optar al título de Filósofo

**Director
Mario Palencia Silva**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE FILOSOFÍA
BUCARAMANGA
2010**

Dedicado a mi padre, Alfonso Salazar, allá;

A mi madre, Blanca Lucila Flórez,

y a mi hermano, Edgar Salazar

acá.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a los que siempre he de agradecer, a mi inevitable y querido trípode, mi Papá, mi Mamá y mi Hermano, donde estén y como estén son, fueron y serán las columnas de un edificio en obra negra pero resistente. Quiero también agradecer al profesor Mario Palencia por su tolerancia y ayuda; al profesor Christian Quintero por permitirme configurar toda una voz; y a los profesores, pocos, que de una u otra manera aplicaron la máxima nietzscheana: tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores. A la Logia Paria y al Proyecto Freak (Andrea, Camilo, Cristian, Hernán, Paulo, Pablo, Juan Camilo, Edgar y muchos otros-cuyos apellidos me reservo para no ponerles en peligro) por su imprescindible compañía, risas y odios. Al resto de personas que aunque no aparezcan enumeradas, catalogadas, en este papelito, saben que su presencia descansa acá. A Colombia porque sin su locura no hubiera podido sobrevivir, y al resto de la humanidad desconocida, porque de todas maneras dependo de cada una de sus existencias.

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCION	1
CAPÍTULO ÚNICO. UN EXTRAÑO ALEPH: INCURSIONES PERIODÍSTICAS EN EL UNIVERSO	3
1.1. OLEADAS: DEL EGO AL LOVE-YOU (INTENTO DE BULLA)	4
1.1.1. Mirame, Mirate	8
1.1.2. Wonder.Inc Weininger	30
1.1.3. Films Are (As) Philosophy: <i>Fetichizame</i>	51
2. CONCLUSIONES	71
BIBLIOGRAFIA	73

RESUMEN

TITULO: SCHOPENHAUER Y WEININGER: INTENTOS FALLIDOS SOBRE EL AMOR*

AUTOR: Camilo Alfonso Salazar Flórez**

PALABRAS CLAVE: Amor, Sexo, Voluntad, Yo, Trascendental, Trascendente, Fetiche, Relato.

Resumen: El presente trabajo aborda el problema del amor desde dos pensadores cercanos: Arthur Schopenhauer y Otto Weininger. A través de la idea del Amor nos será posible llegar a una comprensión más precisa del pensamiento de nuestros autores, pero también a una visión de la realidad misma. Para llevar a cabo tal empresa nos es necesario transitar primero sobre ciertos conceptos como Yo o Desilusión amorosa. No obstante el trabajo se presupone a sí mismo por completo. Una vez llevada a cabo la tarea de clarificación conceptual, teniendo, así, un vocabulario amplio para poder narrar de manera más libre, se utilizarán recursos fílmicos, principalmente las películas *Vértigo* y *Las vírgenes suicidas*, para mostrar con caracteres precisos aquello que habíamos tamizado de nuestros dos pensadores. Teniendo, entonces, estas dos partes ya cercanas, pasamos al punto de exegesis frenética donde las teorías del Amor vistas antes demostrarán sus consecuencias extremas, quizás no vislumbradas por ninguno de sus creadores: el fetichismo como liberación. En una exposición breve se dejan apuntados los lineamientos básicos de esta consecuencia, recurriendo de nuevo a elementos cinematográficos y literarios, pero también accediendo a lugares polémicos como la pornografía. De esta manera el círculo ha de mostrar la génesis de su geometría, el relato muestra de dónde proviene su impulso, y por qué todo intento sobre el Universo es un esfuerzo fallido.

* Proyecto de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director. Mario Palencia Silva

ABSTRACT

TITLE: SCHOPENHAUER AND WEININGER: FAILED ATTEMPTS ON LOVE*

AUTHOR: Camilo Alfonso Salazar Flórez**

KEY WORDS: Love, Sex, Will, I, Trascendental, Trascendent, Fetish, Tale.

Summary: The present work deals with the problem of love, from the perspective of two very close contemporary thinkers: Arthur Schopenhauer y Otto Weininger. Through the idea of love it will be possible to understand precisely these author's mind, as well as the vision of reality itself. To make this possible, it is necessary to walk the path of concepts like :Itself , or love-deception. Yet the work fully asumes itself. Once carried out the task of conceptual clarification, we will have, therefore, a large vocabulary to tell more freely, film resources as *Vertigo* and *The Virgins suicides* will be used. This, to show with more detail what we had stated about our two thinkers. Having put this two parts together we are at the point where the frenzy théories on exegesis of love, previously studied, will show their extreme consequence. Being this, fetishism as liberation. This work will briefly portray the basic quidelines of this result, again using not only cinematographic and literary elements but also controversial ones as pornography. Thus the circle is to show the genesis of its geometry. The story shows where its impulse come from, and why any attempt on the universe is a failed effort

* Thesis Project

** Human Science Faculty, Philosophy Department, Director Mario Palencia Silva

*En memoria de una época risueña
pero carente de humor*

MANUAL DEL USUARIO

Los profesores de literatura tienden a plantear problemas como: “¿Cuál es el propósito del autor?”, o, peor aún: “¿Qué trata de decir este tipo?” Ahora bien, ocurre que pertenezco a esa clase de autores que al empezar a escribir un libro no tienen otro propósito que librarse de él y que, cuando les piden que expliquen su origen y desarrollo, deben valerse de términos tan antiguos como interreacción de inspiración y combinación... todo lo cual, lo admito, recuerda la actitud de un mago que explicara un truco llevando a cabo otro.

Vladimir Nabokov

INTRODUCCION

All the stars may shine bright

That there

All the clouds may be white

But when you smile

That's not me

Ohh how I feel so good

That I can hardly wait

I go

Where I please

To hold you

Enfold you

Never enough

I walk through walls

Render your heart to me

I float down the Liffey

All mine.....

You have to be

I'm not here

This isn't happening

From that cloud, number nine

Danger starts the sharp incline

I'm not here

I'm not here

And such sad regrets

In a little while

Ohh as those starry skies

I'll be gone

As they swiftly fall

The moment's already passed

Make no mistake

Yeah it's gone

You shan't escape

And I'm not here

Tethered and tied
This ins't happening
There's nowhere to hide from me

I'm not here
I'm not here
All mine....
You have to be

Don't resist
We shall exist
Strobe lights and blown speakers
Fireworks and hurricanes
Until the day I die
Until the day I die
I'm not here
This ins't happening
I'm not here
*I'm not here*¹

All mine.....
You have to be²

¹ Radiohead, canción: *How to disappear completely*. Del álbum realizado en estudio, *Kid A* (1999).

² Portishead, canción: *All mine*. Del álbum realizado en estudio, *Portishead* (1997)

**CAPÍTULO ÚNICO. UN EXTRAÑO ALEPH: INCURSIONES PERIODÍSTICAS EN
EL UNIVERSO**

1.1. OLEADAS: DEL EGO AL LOVE-YOU (INTENTO DE BULLA)

*...y luego alguien pregunta, sin más,
sin relación con nada: ¿Por qué?
Y aunque estoy muy orgulloso de tener la sangre fría
y conservar la calma y de hacer lo que se espera que haga,
capto algo, luego me doy cuenta de que es: ¿Por qué?,
y respondo automáticamente, sin venir a cuento, por ningún motivo,
y solo limitándome a abrir la boca y a dejar que las palabras salgan de ella,
resumiéndoselo a esos idiotas:*

Patrick Bateman

Quisiera comenzar haciendo que el lector traiga a su memoria dos películas: *Vértigo* de Hitchcock y *Las vírgenes suicidas* de Sofía Coppola. Para aquellos infortunados que no las hayan visto, yo haré de sus recuerdos. ¿Qué aspectos en común tienen estos filmes? Uno fabricado por un reputado director y el otro la opera prima de una post-adolescente; ¿Qué les une, excluido el explícito tema de la muerte? Uno infestado de un lirismo “camarográfico”, bañado de compases clásicos, el otro con las rítmicas tristezas del amor de la banda francesa Air, con monólogos omnívoros y explicaciones austeras. Un primer vistazo pareciese decir que nada. Que la muerte de Madeleine/Carlota/Judy en la cumbre filmica hitchcockiana no tiene nada que ver con el suicidio de la jovencita Cecilia en polémico (por lo mudo) proyecto de la hija de Francis Ford Coppola. Y sin embargo, creo que no sólo son semejantes, sino complementarias. En los dos filmes el “amor” es el catalizador de la acción. Diversas facetas de lo amoroso se dejan ver tanto en Bernie’s, el mítico restaurante donde Scottie conoce a Madeleine en *Vértigo*, como en la habitación callada y el sótano de *Las vírgenes*. A partir de estas acuarelas comprenderemos (o mejor: se nos colocará de una manera animada aquello de lo que apenas podíamos asentir y que quizás nos

parecía dilatado) mucho más fácilmente qué significa “amor” en lenguaje schopenhaueriano y qué nos dice lo amoroso en el contexto de *Sexo y Carácter...*

En las dos películas hay una escena hermana. La escena consiste en un primer plano del rostro de la protagonista y en un énfasis en las partes de este rostro. En *Vértigo* sucede así: Scottie se encuentra en la barra de Bernie's y por primera vez, desde que habló con su amigo de juventud, Gavin Elster, va a poder conocer a la mujer que tendrá que seguir para averiguar posibles comportamientos extraños vinculados con el suicidio (la repetición por parte de Madeleine de la acción mortal cometida por una pariente “suya” mucho tiempo atrás, un gesto aparentemente rebotante de significado, pero que, en la agonía del filme, se verá vacío, un remedo o un simulacro que es lo que necesitamos para actuar). La cámara nos muestra a Scottie, sentado en la barra, esperando para, sin que su objetivo le reconozca, poder saber a quién ha de seguir. Entonces, en un movimiento suave, como el suspiro de los enamorados, la cámara despegue en dirección al comedor. Algunas mesas, con gente vestida de manera normal, sin ninguna notoriedad, rodean, en un salón tapizado con rojo sangre (rojo profético), una mesa que no sería diferente del resto si no fuese por una mujer vestida con un verde brillante (el mismo verde del bosque de los Sequoia Semper viva que han de aparecer más adelante *en* donde la pareja de amantes establecerá, de manera patente, el vínculo de misterio que les une). Esta mujer se levanta y camina hacia la puerta de salida, pero en el lugar justo, detrás de Scottie, se detiene; él, quien se encontraba viéndola, gira de nuevo su cuerpo al lugar anterior. Acá, la visión de Madeleine debería dejar de estar sostenida por el plano subjetivo que encarnan los ojos de Scottie. Sin embargo, sucede todo lo contrario. El plano se mantiene, algo ha sacudido al detective. Madeleine se nos presenta *perfecta*. Estamos situados en el lugar de un observador, sin que importe su ausencia real, y de tal manera, la podemos ver con toda propiedad. El perfil más perfecto de la historia del cine se hace presente ante unos ojos que no existen. El detective no la está viendo y él es

el único que podría verla. Ésta es la sedimentación del deseo (lo anterior será tratado posteriormente con mayor extensión)...

...En la misma película, y tan sólo unos minutos antes, en su apertura, se nos hace presente la dinámica de todo el film. Perfil de una mejilla; labios; ojo; ojo abierto, exageradamente abierto, como si el alma quisiera por fin salir de la cárcel del iris y entregárenos. *Reinterpretemos*: mejilla como la sedimentación del deseo, como la ubicación en el plano cartesiano de la pasión amorosa; los labios son la sensualidad ya una vez el objeto ha sido ubicado; la sensualidad da paso al ojo, el terrible manifiesto de la ausencia de dios, el ojo, el infinito del iris no es otra cosa que la nada que somos (de nuevo, volveremos y nos extenderemos sobre esta afirmación), el ojo es la metáfora del paso del deseo sensual a la auto-ostensión deseante, en él ya no amamos los labios, amamos nuestro reflejo en las pupilas; pero esta auto-ostensión del deseo (el agente del deseo se confunde y reemplaza a lo deseado en primer lugar) no puede sobrevivir mucho tiempo, la necesidad de una posesión absoluta y de una desilusión completa lo convierten en espiral de locura. Esto en lo que respecta a la obra del director angloparlante...

...En la segunda, los dos planos se presentan en uno, pero el recorrido es diferente. Ahora es: ojos y labios. Acá se ha invertido la dinámica. Trip Fontaine, joven sexy y marihuano empedernido, confiesa que a la única mujer que logró amar en su vida fue a Lux XXXX. Muchos años después, debido a una especie de karma amoroso, mientras se encuentra en una de esas reuniones de alcohólicos anónimos y se le ve en un papel de "loser" que no se imaginaba, Trip recuerda la primera vez que vio a Lux. Entró en una clase diferente a la que le correspondía, sentándose justo, con esas casualidades que únicamente las películas y los *Deus Exmachina* brindan, detrás de esta María Magdalena americana. Luxy le ve, y entonces de nuevo el primer plano hace su aparición: ojos y labios (sonrisa; cuanta promesa de felicidad se asoma por la espalda de ésta, de todas las sonrisas, detrás del fatal accidente del calcio en la boca). Si creemos que el ojo

refleja nuestra calavera, que el ojo nos muestra como quisiéramos ser, esa dinámica invertida, a pesar de su dirección contraria, nos deja ver una misma locura: te amo porque en ti me he visto. Y me he visto con la seguridad de una epifanía. Te amo porque hay en ti algo mejor que mí mismo, te amo porque en ti veo la cenicienta que soy y el príncipe que yo mismo encarno. Scottie parte de los labios y termina en sí mismo. Fontaine se evita este paso, comenzó en él y en él termina.

Pero esta breve reseña de cineclub universitario ha arrancado siendo un final; debemos mostrar, por mera empatía con nuestro hipotético lector, qué nos ha hecho decir aquello que dijimos. Sin embargo, esas posibles premisas venideras, antes que ser escalones para alguna conclusión, son ellas mismas conclusiones del denominado fin que debían sostener; hay ayuda mutua entre todos los elementos, ninguno tiene prioridad sobre el otro, dependen de la existencia de los demás. Así que es un tanto inútil que se busquen las *causas* de estos o aquellos; antes que ocurra tal acción desesperada, antes que arrojarse a la tarea de clarificación de las premisas, de su individualización y vinculación conceptual, es mejor que se atienda a todo el escrito como un relato, como una narración en donde el edificio entero, en donde cada línea, como un sistema binario de estrellas, baila alrededor sus compañeras con el centro gravitatorio de una obsesión particular. Por todo esto, y algo más, los hechos que siguen son la necesaria contextualización de una acción precisa; son las acciones repetitivas y microscópicas que le permiten al asesino dar certeramente el golpe para disfrutar de los estertores de su víctima; son la piedra sobre la cual se afila el cuchillo; la fermentación del veneno; los traumas de los animales de *Columbine*. La acción final, a pesar de toda preparación, tiene la duración puntual de un dolor. De ahí que sea imprescindible el gran rodeo que viene a continuación, un rodeo que ya nos fue enseñado por Hume en su *Tratise*. Comenzaremos con Schopenhauer.

1.1.1. Mirame, Mirate

El amor es engaño. Tal fórmula parece la sentencia de un amante traicionado por su amada y, sin embargo, su alcance es mucho mayor que un trance étílico. El amor es la maroma de la Especie en la consciencia del individuo. En el esquema típico de la teoría de Schopenhauer, la Especie es sostenida por la Voluntad. Pero quisiéramos nosotros (sobretudo por la influencia de Clement Rosset³) *mostrar* que toda la teoría del amor puede sobrevivir aún si suponemos la ausencia de la última, aunque no sea propósito del trabajo desbancar esa metafísica.

Amor es palabra primigenia, no por otra cosa más que porque con ella, con su acción, se coloca por primera vez en riesgo la existencia del individuo. Es la experiencia vital más cercana que se posee. *Rewind*: lo intuitivo sobrepasa a lo abstracto-discursivo en su calidad; la cualidad de lo intuitivo es brindar la cosa tal como es, la cosa como representación, como *mi* representación⁴; la palabra es un *addendum*, un *plus* que sólo poseen los hombres; la única función de la razón es la formación de conceptos que por la interacción en el mundo se nos han revelado como derivados de las intuiciones, así que su alcance no puede ir más allá de lo que ellas le brindaron⁵; es lo intuitivo lo que conformará el mundo, y me presenta las cosas tal como son, no como quiero que sean ni como deberían ser, pues la idea de error sólo se incorpora en la razón⁶, por lo que el mundo intuitivo posee esa perfección del mundo de Spinoza (en palabras de Schopenhauer), “todo es claro, firme y cierto. Ahí no se dan preguntas, dudas ni equívocos; no se quiere ni se puede ir más allá, en la intuición uno tiene sosiego y satisfacción con el

³ ROSSET, Clement. *Escritos sobre Schopenhauer*. Valencia: Pre-textos, 2005. Cap. 2.

⁴ Cfr. SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003. V.1, p. 97

⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 123.

⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 119

presente. La intuición se basta a sí misma”⁷; en ella se nos presenta un mundo, *el mundo*; pero ella es deudora del cuerpo que somos y no podemos dejar de ser; los ojos dependen de la afluencia de sangre a ellos, el cerebro de la fuerza del corazón y del tamaño del cuello⁸; entre más armonía en las variables corporales, mayor “perfección” en la visión del mundo, y esta perfección es lo que le ocurre al genio; su mundo es otro del vulgar, no porque atienda a contenidos diferentes, sino porque sus colores son más claros, más nítidas las relaciones entre los objetos; toca las mismas cosas que el vulgar, pero siente diferente por una desviación fisiológica, desviación porque le hace estar más atento a pequñeces pero que por tal atención le impide, en muchas ocasiones, servirse apropiadamente de su entendimiento para el buen vivir⁹; así que todo conocimiento fundamental deviene de la intuición, y ésta, a su vez, depende de ciertas disposiciones corporales, que en el genio pueden llegar a ser una degeneración tendente a aumentar su receptividad; y, exactamente, ¿cuál es el lugar del amor en todo este *fast-motion*?

[“*El acto de la procreación es al mundo lo que una clave para un enigma*”¹⁰] La Voluntad es una tragedia metafísica. Ella, la impresentable, la Desconocida, la cosa-en-sí-siempre-esquiva y cuyo alcance se dilata cada vez más, se nos *muestra* como autofagia. La Voluntad es un ave fénix con los colores del humo en el que se desintegra. El mundo es automutilación, nos dice Schopenhauer en sus arrebatos pesimistas. Todo progreso no es más que una catedral construida sobre un genocidio. Lo nuevo se sustenta en los cadáveres de lo “superado”, pero su pestilencia siempre le ha de acompañar, como una especie de justicia trascendental, como lo insoportable del tiempo también radica en el continuo asesinato de los instantes, y nuestro hastío es nuestro Nüremberg. “Del conflicto

⁷ Ibid. , p. 118

⁸ Cfr. SCHOPENHAUER, op. Cit. V. 2, p. 381

⁹ Cfr. SCHOPENHUAER, op. Cti. V. 1, p. 278.

¹⁰ SCHOPENHAUER, op. Cit. V. 2, p. 552. Las cursivas son nuestras

de los fenómenos inferiores surgen los superiores que van devorando a los anteriores, pero convirtiendo en realidad la tendencia de todos hacia un grado más alto”¹¹, en donde este grado surge tanto de la necesidad de una nueva forma superior que pueda apoderarse de la materia en cuyo seno los fenómenos tienen acción, como por esa pulsión paradójica que le domina y la impulsa a un autoconocimiento con miras a su propia negación, y por la necesidad intrínseca de la Voluntad de la ilusión del progreso, combustible fantasmático por el cual ella se ve impulsada (como el “objeto del deseo” es el combustible sin el cual no puede funcionar el deseo mismo)...

...La materia es la condición de la existencia y, para existir una Idea, sus fenómenos, debe apoderarse de cierta parte de ella que le haga posible. No obstante, la materia es campo de guerra de diferentes Ideas de un mismo nivel, y sólo puede imponerse la Idea que sea superior, la que se excluya del nivel en el que se encuentra tal disputa particular y acceda a otro (en el que tendrá igualmente que disputarse la posesión de la materia que le pertenece). Pero esta Idea no puede surgir de la batalla, un fenómeno temporal no puede crear uno atemporal, sino que la batalla es la que surge como consecuencia de la existencia de ella. La Idea está dada de una vez y para siempre, como movimiento de la Voluntad. La causalidad es la que, en este lugar, brinda un orden a la entrada de los fenómenos en la experiencia, fenómenos donde ocurre la actualización de aquella Forma. Debido a esta burocracia necesaria y trascendental, la Idea solo puede surgir en la batalla no como consecuencia de ésta sino, más bien, como su causa. La lucha sólo surge porque la Idea eterna está esperando poder entrar en el mundo de los fenómenos (La paulatina “generación” de los fenómenos en la realidad, se debe a la preeminencia de la forma del Tiempo en nuestro conocer, por ello es que lo que está dado de una vez y para siempre se nos presenta de manera escalonada siguiendo el criterio del Principio de Razón Suficiente (PRS);

¹¹ SCHOPENHAUER, OP. CIT. V. 1, p. 236

es a tal orden de la entrada de los fenómenos a lo que denominamos burocracia). A pesar de esta preeminencia de lo trascendente (allende las formas del conocer) y debido a la organización necesaria llevada a cabo por el principio causal (burocracia trascendente) “al no poder aparecer la idea, u objetivación de la voluntad, superior sino sojuzgando a las inferiores, aquélla padece la resistencia de éstas, las cuales, aunque hayan sido reducidas a la servidumbre, siguen tendiendo a conseguir exteriorizar su esencia cabal e independientemente”¹². La ilusión del progreso es la que hace posible los sacrificios (si la democracia no fuera considerada como “el mejor de los sistemas posibles” su historia de sangre y su actual testimonio de muertes mudas y desconocidas, sería visto como un cruel sacrificio; sin embargo, al suponerse como uno de los últimos escalones de la revolución conceptual (Rorty), bien puede alimentarse del alma de miles y, preferiblemente, si estos miles no tienen seguridad social)...

...Ilusión, porque en rasgos generales, esenciales, la tendencia del árbol a alimentarse y la de los hombres del siglo XXI a satisfacer sus deseos es la misma, únicamente difieren en cuestiones de estilo. “Así que para vivir la voluntad se consume sin excepción a sí misma y es su propio alimento bajo diferentes formas”¹³. La Voluntad necesita devorarse para que “surjan” las ideas (las ideas nunca mueren, siempre permanecen, aún como recuerdos corporales) y en esta acción se supone progreso pero no hay más que automutilación. [El progreso sería la posibilidad de que un hombre, un pueblo, un organismo establecido en un espacio/tiempo ‘X’ considerado de baja calidad en lo que respecta a la verdadera esencia o cualidad, cambie a un ‘Y’ en donde este último supone un mayor gradiente de perfección. Este último estado se tendría como más “verdadero”, como lo más propio de este hombre o pueblo, impedido de exteriorización por diferentes factores. El estado ‘Y’ sería un estado más cercano al núcleo de cada

¹² *Ibídem*

¹³ SCHOPENHAUER, *op. Cit.*, v. 1, p. 237

sujeto implicado. Si las circunstancias que impiden su realización cambian, la presentación de ese yo-más-yo ha de ser posible. O incluso, como en Schopenhauer, la cercanía a ese yo-más-yo no es la consecución de un estado sino el recorrido por diversos estados que completan ese núcleo disgregado en el fenómeno. De ahí que la satisfacción del deseo tenga la apariencia de progreso. Del deseo cumplido (suponemos en la etapa previa a la satisfacción real) surgirá un yo más propio; la tensión del deseo es la tensión muda de que esa acción hará aflorar una parte de nosotros que no podríamos conocer de otra forma; cada deseo puede ser un paso más hacia nuestra alma, pero en el recorrido por las diferentes satisfacciones y, sobre todo, en el Deseo por antonomasia, el deseo sexual, nuestra alma se mostrará vacía] Comer algo supone alimentarnos pero ¿qué sucede cuando son nuestros propios brazos los que devoramos?

...y el amor es la clave para descubrir todo este proceso. No sólo la violencia sino la ilusión. Hemos caracterizado a grandes rasgos la Voluntad (de vivir) y la diferencia entre las clases de conocimiento. Weininger ha sostenido que es la vivencia de una experiencia vital la que conforma el universo (de cada hombre). Por experiencia vital entendía aquella en la que tomamos consciencia de nuestro yo, sea éste el que sea¹⁴. Pero ambos autores pre-suponen que el yo es un vacío, de aquí que la experiencia del yo sea una experiencia del mundo. El yo del genio difiere del yo del vulgar en la medida en que experiencia el mundo de una manera más “completa”, más vivida que el otro (a pesar que el misticismo parecería una negación del yo-de nuevo, y son estas “negaciones del yo” las que el capitalista zen intenta promocionar en librerías, no el yo como personalidad o similar, sino el yo como experiencia del mundo; es, sin embargo, una experiencia del mundo mucho más fundamental, mucho más completa que la del genio; así que el místico en lugar de ser el que posee un yo menor, es el que le posee casi en absoluto. Poseer un yo, entonces, es poseer el mundo, la realidad, y el *Ens Reallisimus* es

¹⁴ Cfr. WEININGER, Otto. *Sexo y carácter*. Buenos Aires: Losada, 2004. P. 260.

el que se confunde con el todo). De tal manera que descubrir el yo, mediante una experiencia vital, es descubrir el mundo (*mi mundo*). Y en Schopenhauer, es el amor la experiencia vital privilegiada. Cabe apuntar acá que no porque se tenga una de estas experiencias se posee, efectivamente, un yo en todo lo que este pronombre implica. Esto depende también de la consideración del carácter propio. La experiencia se puede dar, pero si falta lo que apuntala y renueva los ojos, no sobrevive más que un instante. Veamos un trance amoroso cualquiera: un hombre camina por la ciudad; está envuelto en jean e indiferencia; va contando la cantidad de ingredientes que necesita para el almuerzo; tiene, además, la ventaja de un *ipod*; nuestro hombre levanta la cabeza, diremos que tiene el cabello corto y color café, y ve, escondiéndose de los rayos de un sol de mediodía, una mujer: diremos que vestido azul, cabello rubio y una tetas separatistas; después de muchos días de meditarlo el hombre decide invitarla a salir; ni uno sólo de esos días dejó de soñar con acariciarle el rostro, lamerle las axilas, jugar con sus nalgas; sintió que la felicidad era rubia y chiquita; luego de varios intentos, con su boca llena de ella y residuos del almuerzo, toma su cola, aprieta sus enormes tetas y le dice, con su lengua, secretos a sus pezones [pero, ¿es que acaso alguien, fuera del delirio de las metáforas, fuera del fetiche “analógico”, ha podido conversar seriamente con un par de piel extra en el pecho femenino?]; después de unos minutos, que han venido luego de unos meses, el hombre convence a la mujer, a ese pedacito de espacio y tiempo que ha comparado con Cristo, a ir a un motel de la ciudad, digamos Bucaramanga (aunque de esta manera se les pierda a los queridos lectores la magia de la ubicuidad); la mujer acepta, y unos instantes más tarde él está dentro de ella con toda la energía de la sangre; en unos minutos, y sintiendo por fin la felicidad oblicua, junto a su pecho, el hombre ha de gemir por última vez; exactamente entre este último gemido y el posterior abrazo femenino, según actualizadas mediciones del DANE (departamento nacional de eyaculaciones), el hombre siente una extraña sensación en su estómago, dolor en su billetera que le mira frío desde el suelo, tristeza en su corazón porque a pesar de todos los indicios él aún está allí, es más, con felicidad blanca aún saliendo de su cuerpo

sabe, por el corto tiempo de varios suspiros, que siempre estuvo allí. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué la felicidad se ha convertido en desilusión, desesperanza?

¿Por qué una mujer-ya que el autor tiene la finitud de un solo sexo-es bella? Sabemos que una mujer es bella pero, ¿Por qué es bella esa mujer bella? ¿Qué le hace a ella bella y no a su amiga que ríe junto a ella? (“La confusión más grande fue... la que originó la disputa sobre si se tenía que considerar la belleza como algo real, inmanente a los objetos, o, por el contrario como algo relativo al que la observa y la reconoce, y, por tanto, como algo convencional e individual.”¹⁵) No sabríamos responder más que con una tautología, o en el mejor de los casos con un mesianismo *britneyspearsiano*. Es bella porque es bella, porque me parece bella (y ¿por qué se acepta acá este rodeo inútil? ¿Por qué provoca, en cambio, cierto disgusto y acusación de relativismo cuando decimos: es bueno porque es bueno, porque me parece bueno? ¿Es suficiente decir que lo bueno no puede ser como lo bello porque tiene consecuencias sociales? ¿Es suficiente o es necesario? ¿O es acaso esta tautología, indicación de algo que subyace al amor mismo?) Te parece bella porque te parece bella. El mesianismo, que en definitiva somos y hacemos todos, aún el que lo explica tautológicamente, sostiene, aunque se avergüence de ello, que sólo mediante la mujer ha de poder saborear la felicidad. Puede no saber qué es la felicidad, pero sabe, siente, que con ella será posible. En su cuerpo encuentra las coordenadas tan anheladas del *soma*, en sus ojos la sedimentación de lo divino, en sus pómulos los perfiles de la alegría, en su sexo el grial y la ambrosía, y el paraíso químico tiene como Pedro unas caderas. Ella le salvará. ¿De qué? No lo sabe con certeza, pero lo importante es la salvación. Noches en vela, días *en* insomnio soñándola, dibujando nuevamente su cuerpo con el dedo en el aire y la mano neurótica. ¿Por qué entonces cuando tiene los contornos de la felicidad debajo de su cuerpo, por qué justo cuando todo acaba, la felicidad le parece un engaño, por qué no hay nada más que ese

¹⁵ GOETHE, Johan Wolfgang von. *Teoría de la naturaleza*. Madrid: Tecnos, 1997. p. 17.

espasmo? ¿Por qué no puede abrazar su belleza? ¿Por qué, al final de todo, ve su sexo y recuerda que los orines tienen el mismo camino de su alegría? Pues bien, este hipotético hombre (para que su realidad no sea considerada una ofensa) ha sido engañado, le han hecho la peor (mejor) broma de su vida y lo terrible es que se la pueden hacer cuantas veces se quiera. Lo bello no existe sino como tentáculo de la voluntad (y esta última no es más que la metáfora del vacío).

[La belleza es delirio]. La mudez del hombre cuando se le pregunta por qué dice que una mujer en particular es bella, sólo corresponde a la ausencia de justificación, al asombro horroroso. El hombre H (nuestro hipotético amante desilusionado), no puede colocar en palabras qué es lo que ama, qué es lo que considera bello de su mujer, y ante tal extrañeza y en un esfuerzo de sofocar su terror, supone que esta imposibilidad es característica de lo sublime que es el amor, que es *su* amor. Y aunque no se equivocaría, construye una historia con palabras prestadas. Lo que el hombre ama en la mujer no es a la mujer misma, a su seca realidad presente para otros y un poco vomitiva para unos. Lo que él ama en ella es una paráfrasis del principio weingeriano: lo que amo en ti no eres tú, sino otra cosa más, y eso soy yo. Lo que el hombre H ama en su mujer no es a ella, sino a aquello que ella puede ser para él, en donde ninguno de los dos es, sin embargo, ese individuo que eran sino la palpitación de la Especie, es decir, que son individuos en cuanto que posibilitan la continuidad de Ella. Él ama en ella aquello que ella puede ser, y que en realidad es su ser más inmediato, la Especie, ese primer momento de la Voluntad. El que no pueda decir nada a su respecto, no quiere decir otra cosa que lo que está “hablando” en esos momentos no es realmente él, y que no la está viendo “realmente” a ella, sino que es la especie la que se mira a sí misma. Por eso el hombre permanece mudo ante la belleza...

...En el platonismo schopenhaueriano la Especie es el primer espasmo de la Voluntad, su primer temblor, la consciencia del temor de su soledad. Es ella la que sobrevive a los individuos, y por ella son estos los que pueden vivir. A través suyo,

la Voluntad les comunica toda su potencia. Así que lo importante es su eterna actualización. Esto nos da la pauta para ver mejor el vacío del amor. La mudez exagerada de los amantes, el terror cuando se les pregunta por el origen de su amor, sus ansias tautológicas de infinito, sus infinitas tautologías mesiánicas, la sensación de salvación cuando ven una foto de la otra persona, el paraíso perdido en el *Facebook* de su pareja, los gemidos que parecen las trompetas de los ángeles antes de llegar y, sobre todo, que esas trompetas se convierten en las guitarras rasgadas de punketos rabiosos; todo esto es porque, como decíamos, no son dos personas las que se ven y se predicen, es la especie en autoobservación. Al ser los individuos dependientes de la Especie y, a su vez, al necesitar ella de aquellos para actualizarse en la experiencia y, también, al ser su actualización la creación interminable de seres en un remedo de infinitud, el amor es el mecanismo que utiliza aquella en sus subordinados para cumplir su misión. La paradoja de la cual cobra su importancia este sentimiento es la siguiente: todo hombre, toda cosa, es Voluntad, y como tal supone que ella es lo más importante, si ella desapareciera desaparecería Todo, así que ella, en aquello que se encarna, tiene que luchar por su supervivencia; a pesar de esto, si la Voluntad sobreviviera solamente en los individuos, hace mucho tiempo que ésta habría desaparecido, sobrevive mejor en la Especie eterna que se actualiza en la materia cada vez que viene a la vida un nuevo individuo suyo; pero para que este individuo pueda ser, los individuos que le originarían tienen que sacrificar su estabilidad (padres que dan la vida por sus hijos, padres que sacrifican el Todo que ellos son por el Todo que viene), principio este de la paternidad que va contra el primer principio de la primacía de la Voluntad en mí; para que, entonces, puedan los individuos cumplir esta función de la Especie y, por tanto, de la Voluntad misma, se les ha otorgado el don del amor, el don de la verdadera felicidad; es sólo a través de ella por la cual serán felices o, por lo menos, así lo suponen como individuos [se necesita de la ilusión del egoísmo; esa felicidad mía que puede estar en ti y que únicamente me es accesible a través del amor, es lo que me mueve al sacrificio, e incluso ese sacrificio último del amante por su amada no es otra cosa que la posibilidad, ahora

aumentada por el tema de la inmolación, de una felicidad extraña. Ilusión de egoísmo e ilusión de progresos están emparentadas]. El rostro bello de su pareja les da la energía que un gramo de coca daría a un buen junkie, y sin consecuencias legales. Mas se equivocan, cuando ven a la otra persona no es él o ella quien ve, es la Especie que observa las características corporales (y en segundo grado psíquicas) que más le serían adecuadas para sobrevivir en la materia. Esta aritmética del amor (la X que me falta a mí la veo en tu Y), es en último término lo que es la acción de los amantes. Esa felicidad, esa salvación, no es otra cosa que la Especie considerando las características de los individuos, y las que se generarán en el nuevo que es Ella.¹⁶

[Coro: *En un país de mudos se escucha un gran silencio/ no se percibe que algo va a pasar/ se esconde lo sublime detrás de un nuevo engendro/ que derrama baba sobre la ciudad/ adrenalina desalmada/ abre grietas hondas/ nada recicla esta contención/ el choque no se puede evitar// está tan contenido que se hace invisible/ y es lava hirviendo debajo de tu hogar/ jadea de alegría a penas huele sangre/ y no se conforma con alucinar// hambre de perro fiero/ oliendo tu dulzura/ y cuando está caliente/ muerde la yugular/ mata porque quiere vivir/ pero no sabe cómo/ no quiere ser feliz/ ni quiere descansar// tan lejos no está/ se puede acercar/ y lleva en sus ojos/ señas de un tiempo/ que pronto esta por venir.* Bersuit Vergarabat.]

[Puedo perderme en el infinito de tus lentes de contacto]. Mirar al otro no es realmente mirar al otro, es mirar lo que el otro es para mí como complemento de ciertas características. Pero aún no es preciso: ni siquiera soy yo el que ve al otro, es otra cosa la que observa, la que me posee es la Especie, ella mira y es mirada por sí misma (narcisismo de la Voluntad, no soy ningún tipo de yo). El infinito es menos profundo que estas hojas. Como dijimos más arriba, el hombre construye, *en* el amor, una historia con palabras ajenas. No se equivoca el amante al

¹⁶ Cfr. SCHOPENHAUER, op. cit. V. 2. p. 518

suponer que aquello que siente cuando mira a la mujer es algo sublime, algo importante, quizás lo más importante que pueda hacer¹⁷. Pero hasta acá sería correcto, y avanzar más allá es continuar con el encanto que la Especie nos da. Tal importancia no es esa importancia muda, esa importancia que es la felicidad, es importante porque es la Voluntad misma la que está hablando. Nuestra voluntad es sólo un remedo necesario de Ella. Al ser la Especie el primer movimiento de la Voluntad en el mundo fenoménico, cuando nos hallamos verdaderamente en ella es cuando realmente *somos*. Y *somos* quiere decir que entramos en contacto con aquello que sustenta todo, la Voluntad. Cuando la Especie nos domina en el amor, estamos siendo totalmente aquello que somos. El amor nos permite llegar a esa cosa en sí que apenas podíamos ver en nosotros mismos. Pero algún precio hemos de pagar por este viaje *cósmico*, y es la pérdida del yo que somos. No éramos nosotros los que amábamos, no eran nuestras palabras las que te sedujeron, y esta realidad, esta pérdida, se evidencia en la depresión post-sexo (por supuesto, de nuestro hipotético hombre H). Este aspecto heterónomo del amor, esta visión de la falta de sustento que es la belleza (falta de sustento porque no somos nosotros los que veíamos lo bello, lo bello fue una manipulación necesaria para la supervivencia de la realidad), pues por lo menos por un instante vemos que eso bello que era ha decaído, es lo que muestra la verdadera dimensión de eso qué es el mundo. Si el amor es la luz que alumbró todos los fenómenos (es el punto de toque de todo lo existente porque en él la Voluntad presenta su anhelo más profundo, ser, ser presente¹⁸, tiempo progresivo. La creación de una vida nueva encierra el tono de la Vida; es el deseo por antonomasia porque con él es como puede seguir funcionando la charada metafísica, y porque todo otro deseo es vencido por él; la acción sexual es la concentración de la Voluntad, pues en ella se fabrica el presente; la adjudicación de éste a la Voluntad, a sabiendas que él es lo que Ella necesita, coloca a la procreación en tan alta consideración; todo lo que ocurre desde el cortejo, desde

¹⁷ Cfr. Ibid. p. 517

¹⁸ Cfr. Ibid. p. 461

la visión de los amantes¹⁹⁾ hasta la procreación, es maqueta de la realidad], pues en él la Voluntad se muestra de manera más inmediata, el mundo se nos puede revelar como un absurdo. Si el amor es el fenómeno *par excellence* de la Voluntad, ¿no es acaso la falta de sustento la que domina todo?

[Habíamos contado que el yo es un vacío y, sin embargo, es su pérdida en el amor lo que nos acongoja, o por lo menos esta pérdida es una parte componente del dolor. No obstante, en Schopenhauer aparece el Carácter, y es por este carácter por como somos lo que somos. Pero en modo alguno tal carácter (inteligible) es el yo. Toda esta trilogía comienza con la oposición primaria de Sujeto y Objeto. Oposición fantasmal, pues es sólo la burocracia trascendental la que le hace necesaria para que la Voluntad pueda presentarse (en esta oposición primaria se puede penetrar en la esencia fenoménica de las cosas a través del “posterior” Principio de Razón). El Objeto puede también recibir el nombre de Materia, y de ella sabemos que es eterna, no se crea ni se destruye. El complemento de la Materia es lo que Schopenhauer ha dado en llamar Sujeto cognoscente. Es por la unión de estos dos por la que existe la realidad²⁰. De igual forma que nosotros no somos la Voluntad, sino que somos deudores de ella y un remedo necesario, tampoco somos el Sujeto cognoscente, si fuese así tal sujeto habría desaparecido hace mucho. Tanto la Materia como el Sujeto son eternos, y cada uno de nosotros es portador de este sujeto pero no su poseedor. Al morir nosotros, no muere en nuestra compañía el Sujeto [Schopenhauer siempre se mueve entre los niveles de un idealismo y un realismo radicales, por ejemplo en la paradoja tan incomprensible²¹ del cerebro: éste ha surgido de la evolución de los organismos, de la materia, es heredero del estado de cosas anterior y, como tal, es sólo un eslabón más en la cadena de seres. Por el otro lado, del cerebro depende todo el

¹⁹ Cfr. Ibid. p. 518

²⁰ Cfr. Ibid. Todo el capítulo primero.

²¹ WHITE, F. C. *The fourfold root*. En: JANAWAY, Christopher. *The Cambridge companion to Schopenhauer*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. p. 74

mundo como representación, tanto él mismo como su portador y el estado del que ha devenido este órgano, no sólo no es un eslabón más en la cadena de los organismos, sino es el lugar del cual todos dependen. Tal paradoja no implica una contradicción-pues es enunciada, junto con otras, por Schopenhauer,²²-sino que es un testimonio de Esa fuente de la que deviene el mundo, y hace patente el verdadero carácter de este: Voluntad y Representación; en esos ámbitos se mueve la vida, y debe moverse el pensamiento, si creemos que, con nuestro autor, es el reflejo del mundo²³. El que la Voluntad deba, a su vez, ser representación, que salga de la primera persona y ahora conjugue sus acciones en la tercera, la causa de ello (en un lugar de la teoría donde todo principio explicativo-causal no puede existir) es apenas conjeturable para la mente inquisidora]. Pero si no hay actualización de este y de aquella, no puede surgir la realidad, el mundo. Estas dos instancias son atemporales. La Voluntad siempre tiene al presente como su forma, así que si no surge un término que les pueda ligar, ella no puede surgir como fenómeno. Este tercer término es el yo, la superficie (nula) que vincula Sujeto y Objeto. En Schopenhauer yo y autoconsciencia son una misma cosa. Este yo semeja al yo- pienso kantiano.

La sensibilidad, que ha alcanzado su máxima cota en el cerebro y está diseminada por todas sus partes, ha de hacer converger todos los rayos de su actividad, como si los concentrara en un foco, mas no hacia fuera como en los espejos cóncavos, sino hacia dentro como en los espejos convexos...este foco de la actividad cerebral en su conjunto es lo que Kant llamó unidad sintética de la apercepción: sólo mediante ella cobra la voluntad consciencia de sí misma, porque este foco de la actividad cerebral, o el sujeto cognoscente, se capta como idéntico con su propia base de la que nace, el sujeto volente, y así surge el 'yo'²⁴

El yo, así, es el lugar donde ocurre algo, que es la identidad del sujeto cognoscente con el sujeto volente (nuestra bipolaridad esencial), pero este yo no es una cosa, tiene una mera realidad aparente, es vacío, el presente del yo-vacío

²² Cfr. SCHOPENHAUER, op. cit. V.1 p. 113

²³ Cfr. Ibid. p. 172

²⁴ SCHOPENHAUER, op. cit. V.2 p. 270

es un fantasma, “sólo es el punto de contacto del objeto, cuya forma es el tiempo, con el sujeto”²⁵. El Sujeto que se materializa en nuestra actividad cerebral, toma consciencia de que también es la Materia que creía ajena a sí y opuesta, la materia en cuanto presentación primaria, también ella, de la Voluntad. Pero si el yo es este vacío necesario-necesario porque debido a la recolección de la actividad en un sólo foco se crea la línea del tiempo “sobre la que ha de presentar todo lo que representa y que es la primera y más esencial forma de todo conocer, o la forma del sentido interno”²⁶-¿qué es entonces, retomando nuestro problema, lo que se pierde en el amor? Lo primero, pues, que se nos podría ocurrir es que perdemos aquello que somos, la Idea que somos, aparte de la Idea de Humanidad que compartimos. Lo que perdemos entonces es el carácter inteligible. ¿Pero es esto lo que hechas de menos cuando estas gimiendo de infinito? ¿No perdemos este carácter en casi cada ocasión que podemos, creyendo precisamente que lo estábamos cumpliendo²⁷? Supongamos que a pesar de todo es así, que es tal carácter el que nos es arrebatado, que entregamos con placer. Este carácter es la regla por la cual deben (deberían) regirse todas nuestras acciones. Si lo que hacemos está de acuerdo con él, si se siguen las normas existenciales de esa alma que se manifiesta en toda acción, le estamos actualizando de manera apropiada, la Idea pudo llegar a la vida²⁸. Y entonces, la Idea que somos quedaría en suspenso cuando, arrastrados por lo voluptuoso, actualizamos la Idea, que somos también, de la Especie. Sin embargo, no es este “no-estar-haciendo” lo que nos dice nuestro carácter originario, lo que nos sorprende. A este “no-estar-haciendo” Schopenhauer ha dado el nombre de carácter adquirido, que, a diferencia del carácter empírico, es la incorrecta actualización del carácter inteligible, debido, sobre todo, a mascaradas sociales. Así que a pesar de que se pueda decir que es precisamente porque en el sexo se detiene la actualización de

²⁵ SCHOPENHAUER, op. cit. V.1 p 373

²⁶ Ibid. 270

²⁷ Cfr. ROSSET, Clement. *Lo real y su doble: ensayo sobre la ilusión*. Barcelona: Tusquets, 1993. P. 89

²⁸ Cfr. SCHOPENHAUER, op. cit. V.1 p. 385

la Idea que es uno, por la actualización de la idea de la Especie, que hay un carácter adquirido (que, a pesar de todo, no lo es en ningún momento, porque es lo sexual una acción primaria) en el momento este de la voluptuosidad que es lo que lleva a esa extraña desazón, no es ese segundo yo el que extrañamos. Cuando ocurre el “no-estar-haciendo” lo que somos surge el arrepentimiento²⁹ ...

...El arrepentimiento es la visión de poder hacer diferente algo hecho, donde esto último posible estaría más de acuerdo con aquel yo ideal. Toda acción heterónoma comporta la posibilidad de pensar un modo diferente de ella, el modo autónomo. El arrepentimiento es sentido por el sujeto como un malestar, como un mal caminar, de igual manera que el hombre que se ha lastimado el pie no puede recorrer el camino sino sintiendo el dolor. Este dolor se debe a que el carácter inteligible desborda aquella mascarada que se le ha construido, bien sea por simple ignorancia de los motivos que en realidad le dominan o por un *dandismo* asimilado y posteriormente reconocido. Una prueba indirecta, entonces, de ese yo que somos (seremos y estamos haciendo) es el sentimiento mencionado. Si es, de este modo, ese yo-que-seré lo que pierdo en la voluptuosidad del amor, y es su pérdida la que genera la desazón infinita y micro-métrica tenemos que buscar, si se da el arrepentimiento, eso otro que haríamos y sería más nosotros que lo que hicimos. ¿Cuáles son esos motivos ocultos que serían más nosotros que ese nosotros que fuimos? ¿Qué es eso otro que pudimos haber sido y no fuimos? ¿Serán esos motivos por los que hacemos ese acto, esos motivos que son de la Especie y por los que actuamos, los verdaderos causantes de la angustia? Pues si los motivos son los de Ella y no los nuestros, pero es por ellos por los que actuamos, entonces estamos no-siendo. Los motivos de la Especie se nos imponen como nuestros y generan el movimiento heterónomo del amor. Pero a pesar de la correcta argumentación, aún no nos convencemos. ¿Qué es eso otro que pudimos haber hecho realmente como parte de nuestro ser más íntimo, y no

²⁹ Cfr. Ibid. P. 392

hicimos correctamente por la intrusión de la Especie en nuestra decisión? Lo único que podemos pensar al respecto es el no hacerlo. Si caer en el éxtasis voluptuoso de las caderas es una acción que se realiza de manera ajena, entonces aquello que somos más es el no hacerlo (caer a medias es ya un caer, como hacer reverencia de sólo unos centímetros es ya hacerla) No obstante, a pesar del reconocimiento de los verdaderos motivos, este “caer” se-nos sigue imponiendo como aquello que verdaderamente somos. Los motivos de la Especie tienen una mayor fuerza que los del individuo subordinado, y parecería que es precisamente en la voluptuosidad cuando verdaderamente somos (engaño que cae por la desilusión). Posible paradoja: el individuo actúa por el embrujo de la Especie creyendo que hace algo que le pertenece a él; la única posibilidad es que el individuo, reconociendo los verdaderos motivos, realice una acción diferente a la que hizo como heterónoma y, tal acción, se nos presenta como la no caída en la voluptuosidad; a pesar que el individuo conoce los verdaderos motivos de su actuar, y la, entonces, ausencia de motivos para su nuevo actuar, su actuar más suyo parecería vacío (no hay motivos para ese no actuar del individuo que le sería más propio, los únicos motivos posibles serían negativos: no hagas eso, porque eso no eres tú; por tanto no habría motivos, propiamente hablando, para ese no actuar del individuo y, si no hay motivos, la voluntad que es él no puede emerger en el fenómeno, pues es la motivación lo que la fenomeniza en el nivel de los hombres); su actuar más suyo no sería un verdadero actuar. [En el arrepentimiento por asesinato también se presentarían esos no-motivos contradiciendo nuestra tesis. No obstante, este arrepentimiento, visto más de cerca con la lupa de Schopenhauer, procede por la existencia de la justicia eterna, resumido de la siguiente forma: la Voluntad es la esencia de todo lo que existe y, de esta manera, todos somos un gran ser (único) y, aunque esta consciencia de unidad no llegue a aclarárenos por completo, en lo profundo de cada uno de nosotros tal identidad se siente, la herida en el otro se convierte en mi herida, su decapitación es la pérdida de mi espíritu. Así funcionará el arrepentimiento metafísico, en el reconocimiento de la identidad básica de todo fenómeno; así

funcionarán esos “no-motivos” del asesino arrepentido]. Proto-paradoja: si el individuo es Voluntad, y ella quiere vivir por siempre y de cualquier manera, y es la reproducción una forma de lograr la eternidad, lo reproductivo que es ese yo (Idea) del individuo también querría realizarse en otro ser, así que al individuo como Idea de la Voluntad le vendría bien lo que parece que no es él mismo. ¿Qué es entonces lo que se pierde, si es que se pierde algo, cuando el condón parece irresistible? A riesgo de que el lápiz rojo de los buenos exegetas esté rozando las paginas presentes, tendremos que llamar en nuestra ayuda a un tercer yo. Este tercer yo es el que surge, como dijimos más arriba, de una experiencia vital. Si el sabio es uno que *vive* en un mundo diferente al que no lo es, y el genio el que *ve* un mundo diferente al vulgar, cada uno de ellos (tanto los “iniciados” como los que no lo son) experiencia un mundo diferente, y es ese mundo, es esa experiencia del mundo, lo que denominamos, en este momento, yo...

...El genio es el gran espectador, el que debido a ciertas circunstancias corporales ha podido llegar a emancipar tanto la labor intelectual de la volitiva, que es capaz de atrapar un mundo más cerca a las Ideas; por su parte, el sabio es el que hace posible la emancipación, ya no sólo no ve el mundo de manera mejor (acción pasiva, en últimas, del genio, encargado de recopilar los testimonios de la Voluntad a “corta distancia”) sino que “trabaja” sobre el mundo (acción activa aún cuando esta acción no comporte “movimiento” alguno, o se realicen lo que se conoce normalmente como “activo”, como en los procesos meditativos), y trabaja sobre él porque se encarga de no vivenciar el mundo como lo ordena la Voluntad, su experiencia le ha hecho comenzar el movimiento de auto-eliminación, por eso *vive* y no *ve*. El vulgar, en los dos momentos, es el encargado de llevar a cabo todos los contenidos de su pequeña personalidad, de ahí que vea únicamente el mundo perteneciente a sus intereses y viva en el mundo restringido de sus deseos diminutos.

Cuanto más arriba avanzamos en la jerarquía de los animales, vemos que aparecen cada vez más perfectas las capacidades de representación y sus

órganos... y en la medida en que el sistema cerebral se desarrolla, el mundo externo se exhibe en la consciencia de un modo cada vez más claro, polifacético y perfecto... gracias a esta aplastante preponderancia del intelecto no sólo se incrementa en grado sumo la captación de los motivos, la variedad de los mismos y en general el horizonte de los fines infinitamente multiplicados, sino también la nitidez con que la voluntad se hace consciente de ella misma, a consecuencia de la claridad ingresada en toda la consciencia³⁰.

El cerebro es función de la Voluntad, y al ser el hombre una Idea superior a las que le han antecedido, debe crearse una herramienta superior, este es el cerebro. Como es necesario que la Voluntad se vaya presentando de manera más nítida, a pesar que todo lo que ella es ya está presente en el fenómeno más simple; la mejor presentación de la Voluntad es aquella que muestra los más elaborados detalles, y tal presentación se da en el hombre...

...En el hombre, en la representación del hombre, la Voluntad se da de forma más cabal. No obstante, el modo en el que Ella se nos muestra, depende del cerebro en donde surge la representación. Es allí donde las relaciones que muestran a la Voluntad de mejor forma tienen lugar. Así que diversos factores que modifiquen la acción de ese órgano, modificarán aquella consciencia que somos, que es la misma Voluntad. El vulgar sólo reconoce las relaciones que van de él a sus deseos, su mundo está adherido a su nariz. El genio (con las infinitas gradaciones que existen en todos los hombres) puede ver las relaciones de manera más amplia, su mundo se ha expandido, no ve solamente lo que le corresponde a su yo mínimo, también alcanza a las relaciones del mundo en general, su yo máximo. El sabio-santo, por su parte, ha podido ampliar de tal modo su manera de conocer que puede ver la esencia misma de las cosas, y reconoce en todos los seres la identidad básica que ellos son, y este primer autoconocimiento de la Voluntad establece el primer escalón para su auto-aniquilación (su autofagia deliberada). "Es el grado de la consciencia lo que determina el grado de la existencia de un

³⁰ SCHOPENHAUER, op. cit. V.2 p. 272.

ser”³¹. El yo del vulgar es su mundo, su mundo es *su* mundo. El genio posee un yo que es el mundo, su mundo es *el* mundo. El yo del sabio-santo es la totalidad, su mundo es todo, reconoce la identidad de los fenómenos, la identidad de los mundos. Claramente, todo hombre, por representar a la Voluntad y mostrar sus relaciones, posee ya un yo (en esta especial acepción). Y es este yo (sea en el grado que sea) el que surge (puede surgir de mejor manera) en la desilusión voluptuosa, y el que se ha hipotecado por ella. Surge (puede surgir) porque al ser el amor un conocimiento intuitivo mucho más “cercano” a cada uno de nosotros, y mostrarse como el fenómeno por antonomasia de la Voluntad, genera (puede generar) la consciencia de relaciones que antes no se consideraban (en algunos renglones mencionaremos la más importante). En la relación sexual predomina, entonces, el sujeto volitivo y no el sujeto del conocer, correlato de toda representación, de todo objeto. El sujeto volitivo es la Voluntad siendo, su autoconocimiento es inmanente, ciego; el sujeto del conocimiento es la autoconsciencia de la Voluntad, y es este el que queda relegado en el amor].

[Preferiríamos mil veces un genio maligno, fascista, genocida, pero creador del mundo, que un mundo sin genio]. A pesar que la pérdida del yo es un factor posible en la desilusión sexual (ese yo-consciencia que es el paulatino reconocimiento del fatal error que es el mundo) no es, sin embargo, lo que más nos afecta de dicho acto. En el sexo, como mencionamos páginas arriba, es la consciencia de la falta de fundamento de la belleza, el fatal absurdo de una acción aparentemente motivada pero que en definitiva carecía de motivo alguno, lo que nos aterroriza [el segundo Yo, el Yo-Idea, carácter-inteligible, es el que viabiliza la ilusión del progreso que en la desilusión amorosa comienza a resquebrajarse. Como tal Yo allende el fenómeno sólo se puede presentar en el mundo de manera paulatina (yo empírico) y se podría completar (aunque de hecho no se dé),

³¹ SCHOPENHAUER, op. cit. V.1 p. 273

mediante la realización de sus acciones verdaderas, pertenecientes a cada uno de nosotros; cada una de estas acciones nos han de acercar a ese yo-más-yo que somos. Realizar (pero no “ir”) del estado ‘X’ al estado ‘Y’ es estar realizándome, es mi escalonado des-cubrimiento. Sin embargo, nunca se ha podido salir de sí mismo. Ese Yo-Voluntad siempre ha sido el campo de mi movimiento. La partición de lo fenoménico por el PRS hace suponer un avance, pero éste no es más que un continuo caminar en círculos. Estamos condenados a ser nosotros mismos. Además, la acción sexual mostrará que ese movimiento del Yo empírico motivado por algún objeto, es vacío, que esa acción que suponíamos más nuestra, es ciega, sin combustible real, que esa acción parece heterónoma. *I hate myself and I want to die*, ya dijo el polémico Cobain]. El fetichismo aclara mejor las cosas, y de tan infinita gama de posibilidades (desde el amante de la mierda, hasta el voyeurista), escogemos un ejemplo intermedio para no provocar náusea o reprobación por parte de los queridos lectores. Este será el *feet lover* (“síndrome Tarantino”) *Repetición:* ...así que encontramos al hombre sentado en una cafetería, probablemente la clave del universo está a punto de asomarse por el fondo de la botella de Coca-Cola, pero entre el vidrio y sus ojos aparecen unos pies, el hombre ve a la mujer y a sus pies, ve los pies de la mujer en las sandalias, y pagaría mil vidas por tocarlos, olerlos, por tenerlos entre sus dientes, algo muy dentro de él le dice que en ese esmalte se dibuja la felicidad, y entonces el hombre, que supondremos importante comerciante, le ofrece veinte mil dólares, porque además es gringo, por tener sexo con él, y la mujer acepta, y están ahora en la habitación y él le quita las sandalias, y los hueles, y huelen a talcos, a sudor, y los lame, y te desnudas, y la desnudas, y sacudes tu sexo mientras le sigues chupando los pies, y ella, ella piensa en la universidad y quizás en todo lo que puede hacer con el dinero, y tienes los dedos (*toes*) entre tus labios, y la lengua los golpea, y entonces la felicidad blanca (vana metáfora del semen) al fin le grita en las sábanas, y el hombre entonces se da cuenta que, todo ese tiempo, ha tenido simplemente los pies de una mujer desconocida en su boca y que, posiblemente, por la lluvias de esos días tenga sabañones...

...Aquello que se alzaba como uno de los deseos más íntimos y verdaderos, esos pies, eso que estaba articulado por las palpitaciones del glande, aparece ahora en la más completa normalidad, igual que la sábana, o el ventilador, pero con la terrible realidad del desengaño. El terror surge, no por la normalidad de ese objeto-fetichismo (los pies), sino porque su deseo carecía realmente de objeto (aunque en esta escena ocurre una mezcla entre fetichismo y acto sexual y no solamente lo primero, como suele suponerse). No hay nada en los pies que los haga preferibles. En una paráfrasis morbosa de Wittgenstein, todos los objetos se hallan en el mismo nivel, todo objeto podría ser objeto del deseo, porque realmente no hay tal. Desear *algo* no es realmente *desear* algo: *desear* algo es *desear* algo. Cuando un hombre mira a una mujer y la encuentra bella, porque es morena, voluptuosa, porque le puede dedicar los versos de Mama-negra a sus caderas, la desea no por él, sino por lo que la especie quiere que haga él. La Especie es la metáfora de la ausencia de fundamento del deseo. El deseo no tiene justificación, pero tampoco objetos específicos; el deseo es la serpiente que se auto-devora (autofagia) y los supuestos objetos suyos son la mera ocasión de su presencia, es la burocracia necesaria del mundo de los fenómenos (el PRS)...

...Esos pies que le han costado al hombre el salario de varios de sus empleados, se revelan cotidianamente terribles por sus estatus de normalidad. Y si el amor es el fenómeno de la Voluntad más representativo de ella, y en el amor encontramos la falta de fundamento en su corazón, bien podemos decir que entonces el mundo carece de fundamento, y que es la ausencia de bases lo que se revela de manera inmediata en el amor. El amor hace un movimiento ostensivo para comprender la esencia más íntima de todos los fenómenos y, cuando nos asomamos a ese lugar que se nos ha señalado, no encontramos otra cosa que un vacío. Es este vacío, que Schopenhauer caracterizó como la manipulación del individuo por la Especie,

lo que nos acongoja³². La Especie misma es sólo una metáfora del absurdo del amor, y por extensión, del mundo. Si la pérdida de ese yo “arquitecto” puede ser un componente de la desilusión amorosa, es ante todo el descubrimiento del vacío lo que nos congela. Y es precisamente de esta pérdida que se da en el amor, de donde surge (puede surgir), o más bien, puede perfeccionarse el yo mismo. La desilusión del ya olvidado hombre H le podría revelar aquellas relaciones de la Voluntad difíciles de observar. Pueden mostrarse las facetas más esenciales de esta Base, y es esta toma de consciencia de aquello otro de la Voluntad lo que genera (puede generar o estabilizar) al yo, pues se da una consciencia más completa del mundo. [...ustedes que creían que las páginas primeras eran una extra-adjetivación, una palabra que decía muchas figuras, un verbo que conjugaba los paisajes del *mainstream*...] Lo que muestra esta experiencia es la auto-referencia, el vacío sobre el cual se sostiene el mundo, y la necesidad de reemplazar este vacío con alguna quimera (el sobre-discurso amoroso) y en último lugar, el logro más grande, es hacer de este fantasma un misterio, salvaguardándolo de todo posible ataque: que el amor es un misterio, algo divino, inexplicable, que aquellos que “atacan” al amor son pequeños amargados que no lo han vivenciado, que el amor es como Dios y solo puede sobrevivir en el silencio, que no se puede explicar, que es más complejo que la termodinámica cuántica, o incluso, actualmente, con esa inversión del discurso de la post-modernidad, que el amor, no es tanto un proceso que une sino que es una irregularidad, igual a aquella del big-bang, que su mayor logro es que desestabiliza esa nada que antes había. Frente a la nada que se alza ofensiva ante nuestros ojos, se debe ubicar un fantasma que nos salve de la locura, que nos evite el brillo del vacío. Este sobre-discurso, el mundo que está cubierto por la espesa niebla de las palabras amorosas, igual que una consciencia que habla sin detenerse en vistas de evitar el silencio vacío que puede revelarle, es lo que se evidencia en las películas

³² ROSSET. Op. cit. P. 95

mencionadas en un inicio. Esta boca que no se calla lo hace para que no se aparezca en su lengua, en el resquicio de un minuto de mudez, ese nuevo Verbo que le aniquilará.

1.1.2. Wonder.Inc Weininger

Consecuencias similares del discurso, entendiendo “discurso” en el término más amplio posible, se dan en nuestro segundo autor, Otto Weininger. Gracias a la existencia de Google y la Wikipedia nos ahorramos acá toda introducción sobre su vida y pensamiento, y referimos el lector a ellas, y sin previo aviso anunciamos que la clave para la interpretación de dicho pensamiento es el Yo. La demostración de la existencia de tal pronombre puede proceder, básicamente, de dos lugares: el “objetivo” y el “subjetivo”. El primero acontece gracias a la existencia de la reglas lógicas y, a partir de, principalmente, la regla de la identidad, $A=A$, se concluye la existencia, necesaria del yo como el campo donde pueden ocurrir los hechos lógicos y éticos³³, mas como no nos interesa tanto en este trabajo el procedimiento lógico de deducción, no ahondaremos, por el momento, en la cuestión, reconociendo, sin embargo, que ambas partes se apoyan y que esta demostración es una de los picos de pensamiento *propio* más altos y hermosos que se han alcanzado. La denominada parte subjetiva (la primera es evidente para todos aquellos que la estudian, mientras que la segunda sólo posee realidad para el que la experimenta), procede de modo similar a la estudiada en Schopenhauer.

Todo hombre superior conoce el advenimiento del Yo, sea que él llegue a encontrar el Yo y la consciencia, por primera vez, en el amor a una mujer... sea que a través de la consciencia de la culpa, en virtud de un contraste, alcance el sentimiento de su más elevado y verdadero ser, al cual ha sido

³³ Cfr. WEININGER, op. cit. Capítulo 7.

infiel... sea que el advenimiento del Yo le conduzca a confundirse con el todo... siempre y eternamente con el advenimiento del Yo se origina al mismo tiempo el núcleo de una concepción del mundo³⁴.

En Schopenhauer, la prioridad cognoscitiva de la experiencia intuitiva, aunada con la experiencia originaria del amor, era lo que hacía posible que en esta experiencia de desilusión y vacío (es decir, de aquella auto-ostensión carente de bases), se generara un Yo en el que la Voluntad venía a conocerse de manera más completa. En Weininger, sin embargo, esta experiencia vital es una experiencia *cualquiera*. Es, en el mejor tono schopenhaueriano, la mera ocasión de la aparición de un Yo-siempre-ahí.

[Y aún si no existiera Dios, el orden de la naturaleza le haría probable]. ¿Por qué el orden nos tranquiliza? ¿Por qué un “porque” parece ser el remedio de nuestros mayores dolores? Alguien tiene que ser responsable por este estado en el que estamos, bien sea el destino ciego, nuestra falta de coherencia, algún antepasado frugívoro, una causalidad trascendental, las fuerzas descomunales de la química, la química de las drogas psicoactivas, nuestra madre, el óvulo en que nos vimos envueltos, el neutrino que atravesó el glándula paterno, el aleteo de una mariposa en La Rioja, lo que sea y como sea, cualquier objeto nos salva de este extraño “síndrome de abstinencia causal”. El por qué nos ubica en eso que Schopenhauer llamó Principio de Razón Suficiente (aunque nunca *necesaria*). Esa red de araña explicativa que nos mantiene en la cordura, pero que si por un momento llegamos a transgredir, la angustia del amante aferrado al cuerpo de la mujer exhausta se apodera de nosotros. Ubiquemos a Weininger antes que nuestro (mi) monólogo se haga perversamente autónomo. Si un ser no “se sintiese idéntico en los diferentes momentos sucesivos, no poseería ni siquiera la evidencia de la identidad del objeto de su pensamiento en los diversos instantes”³⁵. Pues bien, para que la

³⁴ Ibid. P. 260

³⁵ Ibid. P. 230

experiencia haya podido surgir se necesita un centro que la mantenga unida, donde la unidad de los objetos indica la unidad de ese centro. Primer paso (sin segundo): el Yo es la condición de posibilidad de los fenómenos, o más bien del mundo, pero no un Yo donde los primeros logran su corporización, es decir, ya no se ve meramente como una pantalla televisiva donde los fenómenos, al igual que presentadoras de farándula, saltan y hacen maromas obedeciendo las directrices sadistas de la pantalla. En Weininger, la pregunta por ese tubo catódico que era nuestra mente no tiene la misma importancia que antes. El Yo, en este primer momento, es la condición de unidad de la experiencia, de una experiencia que está dada [A pesar del odio filosófico que nuestro autor tiene por Hume, asume uno de sus principios teóricos más relevantes-aunque menos tenidos en cuenta, o cuya génesis es ubicada en Kant: creemos en la existencia de cuerpos externos a nosotros mismos, en su existencia continua y distinta, todo nuestro actuar corrobora esta posición, nuestra creencia es básica, primitiva, semeja más a un instinto que a un razonamiento, y preguntarnos por si existen cuerpos externos o no, es una cuestión sin razón, ya que todo lo que hacemos lo hacemos *en esta afirmación*, lo mejor que podemos hacer a este respecto es preguntar qué es entonces, si ya creemos en los cuerpos externos, lo que nos lleva a creer en ellos³⁶. Hume desplaza la pregunta sobre la existencia independiente de los objetos. Weininger hace lo mismo, pero de un modo particular para sus propósitos: allí están las cosas, es necio negarlas, pero ya no tenemos que preguntarnos cuáles son las condiciones del sujeto para que estas cosas existan (*Crítica de la razón pura*), ya no es tan necesario preguntarnos por todo esa mole grisácea de aprioris en el hipotálamo, preguntar de esta manera es suponer un sujeto del conocimiento “inocente”, pues toda su acción comienza con un movimiento pasivo (la “creación” de la intuición, creación, paradójicamente, pasiva, porque al sujeto irremediabilmente, como un destino *poietico*, se le *dan* los datos brutos sobre los

³⁶ HUME, David. *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Orbis, 1981. P. 321.

cuales construye el mundo, su decisión está tomada de antemano), sus a-priori le garantizan la inocencia de su actuar, y es esto a lo que Weininger se opone, el sujeto, el hombre, yo-Camilo, ya estoy condenado por la existencia del mundo, pues este surge por mi pecado, el hombre tiene que ser activo desde un principio, si se busca una salvación efectiva (preferiblemente antes de los apocalipsis mayas y cristianos), el mundo tiene que ser una decisión del hombre, y si se supone la pasividad que brindan los a-priori, el mundo simplemente le es dado al hombre, no es una decisión de él (decimos mundo en todos los sentidos posibles). Todo pecado es un error, un falso movimiento, el mundo fue el *camino culebrero* de la humanidad-temática ésta que rebasa los límites del presente trabajo]. Y la memoria, la memoria vital, y no la de los detalles espurios, es el pegamento de este yo, o es, al menos, lo que posibilita la necesidad del Yo. La memoria vital es aquella memoria que le interesa al Yo, este sólo puede recordar aquello por lo cual se interesa. Pero esta memoria no sería tal, es decir memoria, si no fuera memoria de algo, de *alguien*, si no suponemos un foco que es el que sostiene esos acontecimientos del recuerdo. La memoria permite el “sentimiento de la identidad en todas las situaciones de la vida... (y esta) consciencia de la unidad del hombre, que frecuentemente no llega a comprender su pasado, se manifiesta en la necesidad de comprenderse, y esta necesidad lleva inmanente la premisa de que él ha sido siempre el mismo, a pesar de su autoincomprensión actual”³⁷. Esta necesidad que es posibilitada y requerida por la memoria no puede ser simplemente la superposición de los hechos de ésta, la unidad necesita, precisamente para ser unidad, que cada uno de sus hechos posea una misma tonalidad...

...Aquella nota mayor que atraviesa todos los hechos es el Yo. “El Yo... es el punto central, la unidad de la apercepción, la “síntesis” de toda variedad”³⁸. Así

³⁷ WEININGER, op. cit. P. 229. Subrayado nuestro.

³⁸ Inid. P. 263

que memoria y Yo son interdependientes. La primera (los hechos de la memoria) son los que indican al Yo, y este es el que hace posible que aquellos sean considerados como *hechos* de la memoria. Sin memoria no habría necesidad del Yo, porque si aún existiera éste no existiría en cambio aquello de lo cual hace unidad. Pero si no existiera el Yo, la memoria no podría ser memoria, sería meros hechos desgajados, extraños (Kant B132). Toda memoria sólo es memoria en función del tiempo, de cierto orden. Y es la capacidad de una mejor articulación de los hechos de ella lo que genera un Yo más amplio. La calidad y la cantidad de tales hechos. La articulación de los pensamientos muestra cuanta "autoconsciencia" tiene un hombre, pues la mejora en la calidad de los procesos mentales denotaría una mejora en ese Yo (con disculpas de los queridos foucaultianos). Pero no simplemente el orden de los pensamientos determina tal mejora, también la cantidad de hechos (aunque todo hombre posee en potencia todos los hechos del universo, estos sólo pueden ser cantidad cuando están diferenciados, la sumatoria borrosa en la potencialidad se convierte en cantidad cuando los elementos pueden, teóricamente hablando, sumarse). Cuanto un hombre posea mayor consciencia de lo que ocurre o puede ocurrir en el mundo y esto acaezca de manera más ordenada, su yo será más universal. Las experiencias vitales serán mucho más numerosas, se recordará más. Aquello que era considerado como experiencia espuria, ahora, en esta ampliación de su Yo, será considerado experiencia vital. Esta es la diferencia radical entre los genios y la gente vulgar. El primero es capaz de recordar y crear situaciones (es decir, crear recuerdo) que al segundo nunca se le habían ocurrido. El hecho X que el vulgar considera un mero acontecer diario es para el genio algo que le cautiva. El hombre común es posible que sólo capte los fines pegados a su nariz, su mundo es estrecho. Por otra parte, el genio es capaz de captar las cosas minúsculas, o por lo menos, las cosas que se habían dado por supuestas y trabajar a partir de ellas. "Se apercibe, comprende y capta sólo aquello con lo que se tiene una

semejanza”³⁹. La semejanza del genio es con el todo, él y el universo son una misma sustancia, sus nombres son intercambiables. El vulgar sufre de miopía vital, su mundo es *su* mundo. La capacidad de apertura del genio para poder identificarse con el mundo, es lo que le hace ver la farsa que es el PRS (su círculo explicativo, su auto-ostensión cognoscitiva, pues toda explicación decae cuando se muestra que ella misma no puede tener explicación a no ser auto-referencial; el PRS o no puede ser *comprendido*, pues él es el que hace comprensible todo, o se comprende por sí mismo), es lo que hace fatal su existencia, es lo que rompe con la tela de araña, superando todas las explicaciones, pero viendo, a su vez, que tras ellas no hay nada o que, por lo menos no puede ver nada. Sus compañeros se han esfumado; el bar ha quedado vacío, y tan sólo tiene en sus manos la cerveza tibia que alguien le ha dado; al final, se da cuenta que “el hombre está solo en el universo en tremenda y eterna soledad”⁴⁰. Pero la existencia de ese Yo no surge por razonamientos acerca de la memoria, surge en el silencio de alguna experiencia extrema, como dijimos antes. Surge muda. Muda porque es experiencia única (espacialmente no temporalmente, es decir, que es privativa de su portador, es la experiencia del lenguaje privado, si se nos perdona la impertinencia)...

...El único argumento de esta experiencia puntual es la vida propia, y si se posee poca de ésta, la referencia a testimonios de hombres geniales, como el mismo Weininger hace. Mas ¿por qué, con el nacimiento del Yo, surge una *visión* del mundo? ¿Qué los vincula? Pues lo que se descubre no es tanto el nacimiento de ese Yo, sino su siempre-presencia (su advenimiento⁴¹). El Yo que creíamos surgido de la mera necesidad por la unidad de la experiencia; el Yo-correlato de la memoria siempre ha estado allí. El Yo es Yo-siempre-ahí (o quizás, Yo-siempre-acá, de igual forma que el centro del universo infinito siempre está *aquí*). Lo que

³⁹ Ibidem.

⁴⁰ Ibid. P. 253

⁴¹ Cfr. Ibid. P. 259

brinda esa primera experiencia vital es el surgimiento del universo mismo, y no por otra razón que porque lo que hace de él un Yo es la posibilidad de la articulación-mejor y la ampliación de los hechos de su consciencia. En otras palabras: para que el Yo sea tal, debe tener un contenido que sea posible de articular y “ampliar” (aunque, sin embargo, ya todo está en él) Esa primera experiencia abre el camino a la articulación. Se pasa del estado de hénide, estado de confusión, estado nebuloso donde los contenidos de la consciencia están revueltos⁴², a un estado de mayor consciencia. Este estado de hénide (que puede catalogarse también como un estado previo al ser, como su antesala, pues no hay una determinación y es ella la que *co/oca* al ser) puede asimilarse a ese estado pre-lingüístico que a veces nos posee: queremos decir algo, incluso sabemos el olor específico de ese algo, pero no está claro (“lo tengo en la punta de la lengua”). Sin embargo, ya todo el contenido de consciencia está en el hombre, que es una monada. El universo ya está en su pecho. Transpira gravedad y crímenes...

...Intentemos aclarar este asunto: el Yo únicamente puede serlo de los sucesos de la memoria [cuando acá nos referimos a la memoria no pensamos sólo en el pasado, la memoria-vital es la capacidad de apropiarse diferentes hechos, reales o posibles, es la acción de referirlos todos a un mismo centro, de hacerlos nuestros y otorgarles el estatuto de nuestros “recuerdos”, aún si estos recuerdos se escriben en presente simple y progresivo], pero ella tan sólo es memoria de lo que le interesa, de aquello a lo que es afín; para que esto ocurra, el hecho en el mundo debe tener el mismo tono con el Yo que le recuerda; pero entonces, se debería al azar que un hecho concuerde con el Yo, en esta extraña escala musical, como las notas de una melodía deben pertenecer cromáticamente al tono fundamental de ésta; o aceptamos la maravilla del azar, o concluimos, quizás un poco apresuradamente para algunos, que entre ese mundo y ese Yo se da una sincronía total debido a la existencia de aquel en éste (pero también de éste en

⁴² Cfr. Ibid. Especialmente las páginas 159 a 163

aquel, pues el que la experiencia ocurra, el que existan *objetos* sería un indicador de la presencia de este centro de la actividad); es decir, en todo hombre se encuentra, al menos en potencia, en hénide, el universo entero, aunque sólo podría surgir dejando atrás ese estado de hénide (antesala del ser) y articulando el contenido de la consciencia. Lo significativo no es que se encuentre allí mudo, sino que cada acontecimiento pueda tomar una voz propia.

Como partiendo del todo construye su Yo, que comprende el universo... todas las cosas tienen para él un sentido, una significación y siempre ve en ellas símbolos. Para él la respiración es algo más que simple intercambio de gases a través de las delgadas paredes de los capilares hemáticos; el azul del cielo es algo más que luz solar en parte polarizada y difusamente reflejada en las nebulosidades de la atmósfera; las serpientes algo más que reptiles sin extremidades⁴³.

Ver en las cosas símbolos (refrito sustituido por una algarabía de poetas sin talento), es incluirlas en otra realidad que en la que ocurren, una realidad que las mantiene separadas (a pesar de un posible holismo científico); “simbolizarlas” *incrementa* su realidad, les da el valor de lo otro-siempre-porvenir, del paraíso siempre insinuado; el símbolo las agrega a una realidad más completa, las convierte en *mis* objetos [El presente punto de la identificación o, quizás mejor, de la apropiación de las cosas, de su identificación conmigo une la actual teoría con la de Schopenhauer y Rorty. Es a raíz de que en el fondo de las cosas se agazapa una Voluntad misma, una Voluntad que pide a gritos, en su monólogo fenoménico, ser emancipada de su flagelación, es la consciencia de esta identidad (consciencia sentida y no pensada) por lo que el hombre bueno es bueno; como su mundo ya no se limita a las coordenadas únicas de sus deseos, como su mundo ha logrado expandirse y logra identificación con todos los fenómenos, es por lo que *sucede* en él la bondad; el santo lo es, repetimos una vez más, no porque haya aniquilado su yo, sino porque su yo se ha podido ampliar hasta absorber los otros. En Weininger, por su parte, como hemos visto y seguiremos viendo, los hechos sólo

⁴³ Ibid. Págs. 264 y 265

pueden ser *hechos* en la medida en que se refieren a un Yo; así, todo lo que puede llegar a existir, sean fenómenos morales o físicos, lo es porque le pertenece a ese Yo; el Tu surge como una analogía, el Tu puede salir a flote cuando se ha configurado el Yo, y es tenido en tan alta estima como él; las cosas sólo me importan porque dejan de ser *las* y se convierten en *mis* cosas. En Rorty, heredando los años lúcidos de la post-guerra, la identificación del Yo con el Tu, la ampliación del primero de manera universal, no puede ocurrir como le ocurrió a los otros dos; la posibilidad de la ampliación ocurre por la redescipción; el Ellos se convierte en un Nosotros en la medida en que puedo relatarles en mis términos, otorgarles mis faltas y prejuicios. Las tres, sin embargo, concuerdan en que la solidaridad, la bondad, es posible tan sólo cuando los fenómenos ajenos son considerados propios, cuando se crea una suerte de solipsismo absoluto] y es la epifanía del Yo la que da esa unidad, la que les otorga el tono básico, pero claro, cada monada es diferente, y todas colaboran en el canto creador de *Iluvatar* [¿qué hacemos con este mundo? ¿Lo negamos y volvemos a un *melancolismo* trascendental? No. Entre mi corazón y los quásares se da una sincronía total y, conociendo mi realidad, mi alma, puedo conocer el núcleo oscuro de la realidad]. Esa primera experiencia vital, que para algunos ocurre en el último estertor de la muerte, nos entrega el universo, por eso con ella no surge únicamente el Yo, surge, además, el mundo que siempre ha estado ahí. Todo tiende a tomar el olor de un *siempre* presente.

[Quisiera ser ese que duerme en el espejo de tus ojos convexos... *conversos*]
¿Somos entonces este mero espejo del mundo? ¿Nuestra alma puede reducirse a las leyes de la óptica? Y aún si tal milagro no fuera suficiente, hay algo más que nos permite apropiarnos de nuevo de esta alma nuestra universal. La existencia del principio de identidad, (A=A), muestra la necesidad de un yo que le reconozca. Una pluralidad no tendría la constancia para reconocerle. “Es evidente que para afirmar A=A, para afirmar como norma la invariabilidad del concepto y mantenerla siempre frente a los hechos mutables de la experiencia, debe existir algo

invariable, y este algo sólo puede ser el sujeto”⁴⁴. Los conceptos son los que permiten la existencia de objetos, pero aquellos necesitan también de un Yo que les haga posibles. La lógica nos anuncia la existencia de un Yo, de ese Yo-mejor que seremos. Un Yo independiente de todo acontecer en el mundo, pues está en sus límites. Es, en otro tono que el kantiano, la condición de posibilidad de lo mutable. Él siempre ha estado ahí. Ese Yo-mejor, ese Yo-siempre-ahí, que no depende de nada, inmaculado, se deja espiar por las reglas lógicas. Su actuar es libre, el más libre que pueda surgir, y no debe verse detenido por ningún lastre empírico (Kierkegaard). “La lógica presenta ante los ojos del yo su completa realización como ser absoluto; la ética, por el contrario, ordena en primer término esta realización”⁴⁵. En un escrito póstumo (casi imposible de conseguir en las casas editoriales de Latinoamérica, por lo cual, apenas nos es conocido por referencias), Weininger repite esta fórmula: “Ethics says what ought to be, logics says what it is”⁴⁶. Mientras la lógica nos presenta de manera difusa aquello que más somos, nuestro Yo-mejor, la ética es lo que hace posible que aquello mejor que somos llegue a ser realidad. La existencia de las trascendentales regla lógicas (pues se encuentran en los límites y hacen posible la experiencia), muestran la necesidad de un Yo para que tales reglas existan, pero tal condición de existencia de las reglas debe ser de igual o mayor *realidad* que las dichas reglas. La ética es la lógica puesta a funcionar prácticamente, en la vida diaria. “La ética exige que el Yo inteligible obre libre de todo el lastre del empirismo, y así puede ser realizado por la ética, en toda su pureza, aquel mismo ser que nos era ya anunciado con bellas promesas por la lógica, como un hecho ya presente en cualquier forma”⁴⁷. Como el mundo es *simplemente* la experiencia de (en) un Yo, y el Yo es el mundo experienciado, como los objetos sólo *sucedan* por las reglas lógicas, aquello de lo cual depende el resto, aquello a que el mundo se ha visto subordinado y en

⁴⁴ Ibid. P. 247

⁴⁵ Ibid. P. 250.

⁴⁶ BURNS, Steve. *Sex and solipsism: Weininger's* On last things. En: STERN, G. David and SZABADOS, Béla. *Wittgenstein reads Weininger*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. p. 103

⁴⁷ WEININGER. Op. cit. p. 250

función de lo cual aquel existe, posee una preeminencia esencial sobre lo otro-esto. Ese Yo en los límites mismos del multi-universo es un Yo-mejor en la medida en que, a diferencia de los objetos de la experiencia, no depende de nada y todo depende de él; este Yo es un Yo-mejor porque se halla libre de todo compromiso diferente a él mismo. En las fronteras de la realidad emerge un espejo metafísico frente uno hermano.

[Yo soy único, último, el universo descansa a mis pies como mi mujer agotada y vestida de cuero gime por clemencia ante mi puño y mi látigo; todo hombre es *la* masoquista de Cristo y Cristo mismo es menos humilde que mis mentores académicos; Cristo, hijo de Dios y amante arrepentido del Diablo, su *cocote* privada, supo que esa humildad que predicaba no le convenía...Soy el único sentido del mundo; su excusa; su otra-parte; el inicio y el fin de Brahma; el paladar de Krsna; soy los acordes de Kurt Cobain en el último concierto, y el ruido blanco del universo; soy todos los poetas adormilados; soy el aborto que fui; soy los silencios de Borges; soy el semen que se derrama en estos momentos y en esos momentos; soy la mano de dios; soy dios al alcance de la mano; soy ese hambre que mata lento; soy la llenura; soy lo que Dios ve cuando se masturba; soy el último pensamiento de Hitler; soy su mentor; soy el pene de Orígenes; soy el respiro de Buda; soy su samsara; soy su esperanza y su error; soy un hombre de cien kilos escribiendo, sentado, simulando encorvarse, frente a un computador]

Aunque dijimos que la ética y la lógica son una y la misma cosa, su vinculación no parece suficientemente clarificada y puede que se nos mande ante el tribunal de los *clarificadores* por omitir semejante punto. Pues bien, tomen aire: el Yo se nos ha presentado como lo que hace posible el mundo, la realidad, debido a que por su unidad existe la unidad de la experiencia (cuando los hechos se tornan hechos de consciencia, existe la experiencia de estos hechos, la experiencia articulada

por los conceptos) ese centro de la actividad se asoma entre las reglas lógicas, estas le apuntan, y este Yo, como se ha indicado, es único, es un Yo-uno (a pesar que la tautología pueda obviarse), este carácter de *unidad* irremediable en el Yo es lo que da entrada al ámbito ético, pues es la ética la que hace efectiva la unidad que se enuncia en la lógica, la mentira, el error, son desviaciones de la unidad trascendental-trascendente (poseedor de estas dos características, la primera por lo que hemos venido diciendo a lo largo de estas páginas, y la segunda porque este Yo-mejor le hace ver por encima del mundo y de él mismo hasta plantearse la pregunta metafísica: porque el mundo y no mas bien nada⁴⁸. Es por ello que Weininger puede decir que “no sólo la virtud sino también el conocimiento, no sólo la santidad sino también la sabiduría, constituyen el deber y la tarea del hombre”⁴⁹, y el conocimiento, por ser este una labor enjuiciadora, por ser la unión de lo disgregado, por ser “la ordenación de la pluralidad en la unidad”⁵⁰, por ponerse en juego esa característica primaria del Yo, se convierte en una categoría ética, la posibilidad del juicio

tan sólo significa que el sujeto puede juzgar y decir algo exacto acerca del objeto; los objetos acerca de los cuales se juzga son conceptos: el concepto es el objeto del conocimiento. El concepto coloca un objeto frente al sujeto; mediante el juicio se afirma también la *posibilidad de una unión y parentesco entre ellos*. La exigencia de la verdad significa que el sujeto puede juzgar correctamente al objeto; en consecuencia, la función enjuiciadora es una prueba de la dependencia entre el Yo y el todo, de la posibilidad de su completa unidad, porque sólo ésta... la identidad del ser y del pensamiento, constituye la verdad⁵¹

de ahí que el juicio señala al Yo, y la verdad señala la identidad de éste con el mundo, ser y pensar son el mismo verbo, el juicio me separa de la multitud, pero sólo la verdad logra que me reconozca, por eso es que “todo error es sentido como una culpa”⁵²; el error me deja en ascuas, en un limbo extraño donde no me

⁴⁸ Cfr. WEININGER, op. cit. P. 443

⁴⁹ Ibid. p. 250

⁵⁰ Ibid. p. 298

⁵¹ Ibid. p. 295. Subrayado nuestro

⁵² Ibid. P. 248

encuentro, donde me presiento mas no me puedo palpar, tragedia mayúscula pues sé que estoy allí, pero no hay coordenadas que me ubiquen; error y mentira se hallan, pues, en el mismo nivel, la mentira borra lo que ella hace en el juicio; de esta manera la ética se encapsula para mantener unido ese Yo tan eterno, pero tan frágil, todo deber, toda acción tiene como objetivo, tiene como mirilla de francotirador ese Yo, la posibilidad de llevarlo a cabo, de hacer del paraíso (quizás un tanto descolorido) una realidad aquí, ahora, de hacer posible esa unidad que parecería tan simple pero que comporta una dificultad abismal, de ahí es que citando a Kant, Weininger nos recuerda que “no debo rendir cuentas más que a mí mismo, a ningún otro debo servir, no puedo olvidarme de mí en el trabajo; estoy solo, soy libre, soy mi dueño”⁵³.

[Posible coro polémico: *¿por qué la tierra es mi casa?/ ¿por qué la noche es oscura?/ ¿por qué la luna es blanca que engorda como adalgaza?/ ¿por qué una estrella se enlaza con otra como un dibujo?/ y ¿por qué el escaramujo es de la rosa y del mar?/ yo vivo de preguntar/ saber no puede ser lujo/ yo vivo de preguntar, saber no puede ser lujo// Un agua hirviente en puchero suelta un alma que sube/ a disolverse en la nube que luego será aguacero/ niño soy tan preguntero/ tan comilón del acervo/ que marchito si le niego una contesta a mi pecho// Soy aria, endecha tonada, soy Mahoma, soy Lao-Tsé/ soy Jesucristo y Yavhé/ soy la serpiente emplumada/ soy la pupila asombrada que deslumbra lo que ve/soy el destino del mar/ soy un niño que pregunta. Silvio Rodríguez]*

[Necesitamos un remedo de infinito; un simulacro de la transubstanciación; una eucaristía parapetada con nuestros anhelos] El Yo-mejor (la posibilidad de la identificación con la Realidad), está dado dentro de todo hombre en sus pinceladas generales. Llevar a cabo en su totalidad la construcción de este Yo, es lo que Weininger ha dado en llamar genio. Pero este, como bien lo supone aquel,

⁵³ Ibid. P. 252.

es un mero Tipo, una regla según la cual medir lo que realmente acontece en el mundo. Es imposible un darse completo del genio (por restricciones fisiológicas obvias) porque, como el genio en Schopenhauer, no es sólo un estado sino una acción, la genialidad no es adjetivo sino verbo, y la continua actividad es lo que le es imposible al hombre. Debido a esta *alternancia* del sentimiento del Yo, “pueden sobrevenir con frecuencia interrupciones impregnadas del sentimiento más terrible: del sentimiento de estar muerto”⁵⁴. Pero bien, nos es claro hasta el momento que el logro único de cualquier hombre es la “adquisición” de un Yo, es el paso del estado de hénide donde los contenidos de consciencia están mudos y mezclados (estado previo al ser, si se ha entendido hasta acá que el ser es dependiente del orden y la determinación) a un estado configurado, de tal manera que el universo se haga por primera y *n* veces visible. “Podrá decirse que muchos hombres desearían ser “genios originales”, pero ese deseo no les ayuda a serlo. Si estos individuos tuvieran una idea precisa de lo que verdaderamente significa ese deseo... sabrían que la genialidad se identifica con la responsabilidad universal. Y si así fuera, es probable que la mayor parte de los aspirantes rechazaran la idea de ser geniales”⁵⁵. La mayoría rechazamos esta parte compleja de la genialidad, no tan sólo por la responsabilidad moral que exige, sino por que implica acción continua. Pero si rechazamos el proceso, no rechazamos lo que se persigue con él. Necesitamos, rápido, un alma; la metafísica debe adquirir franquicias en *McDonalds*; rumiar durante años o décadas o incluso durante porvenires cíclicos, el anhelo del paraíso, es una propuesta bastante poco cautivadora (es probable que el placer del paraíso-posible no consista en su realidad sino en su posibilidad, que articula una gama bastante amplia de anhelos). El *Corpus Christi* es una obleíta diaria que nos alcanza alguien en el templo. ¿Cuál es el camino más rápido entre todos esos paraísos artificiales? De seguro el amor. ¿Son necesarias pruebas? ¿Acaso cada uno de nosotros no ha

⁵⁴ Ibid. p. 261

⁵⁵ Ibid. p. 281

experimentado suficiente esa eterna agonía? ¿No bastan las innumerables telenovelas en el prime time? ¿Y las canciones, su número y diversidad no señalan esa ruta? ¿Tendríamos que citar obras cumbres para asegurarnos el terreno y no partir *en* un supuesto (pues los “supuestos” son castigados con la excomunión intelectual)?

[En ti me amo] Weininger realiza una necesaria diferencia entre Amor Y Sexo, que va un paso más allá, y complementa la teoría de Schopenhauer. En este último, el Amor era amor sexual. Ese infinito ciego que latía en los corazones de los enamorados antes de entrar en el motel, era el engaño de la especie. Esos minutos previos al sexo eran, precisamente, un pre-sexo; la consciencia de la felicidad era el movimiento del miembro de la Voluntad, la erección de la cosa-en-sí. El pensador austriaco supone dos momentos: la tarde entera en que el hombre ha hipotecado su tiempo en la visión de esa mujer, y el instante en que esa misma noche la ha convencido para que ahora mismo se encuentren tirados en la cama desnudos. En el primero, hay una contemplación pausada, es el momento quizás donde unos versos aprendidos de memoria le salen de los labios; es el momento de esa felicidad muda (que pronto llevaremos a palabras); es cuando barrunta su mente con la cantidad de lunares del rostro de ella; cuando trata de adivinar el largo de sus cabellos; cuando, en un arrebató, podría decir: ya puedo morir porque te he visto. En el segundo, la tiene brutalmente agarrada de la garganta; ella abre las piernas y sacude sus senos; su rostro, ahora, no es más que el anodino lugar que viene después, o antes, del cuello; su cabello es eso que le cuelga del rostro y donde, de vez en cuando, se sujeta para embestir con más fuerza. El sexo es brutal. Los dos momentos se aniquilan, no pueden sobrevivir, nunca podrán hacerlo, por más que la infinidad del ejército de los amantes se propongan llevar a cabo una defensa de su delirio. En uno, la mujer es bella; en el otro, es una masturbación (con ojos cerrados, con sudor, con condones usados, con palabras venidas de afuera, con un cuerpo más consciente, con la mística de la epidermis) en *segunda* persona. “El impulso sexual hace imposible esa serenidad de juicio

indispensable para encontrar la belleza”⁵⁶. En el sexo ocurre una violencia manifiesta, mientras que en la acción estética la violencia se ha camuflado. En un argumento certero, Weininger ataca la concepción schopenhaueriana del amor sexual, pues si fuera exacta la opinión de que en el impulso sexual radica toda la belleza de la mujer, “sería natural decir que sus órganos genitales despertasen el máximo amor, y que fueran considerados como los más bellos del cuerpo de la mujer. Pero... es indudable que ningún hombre piensa que los genitales femeninos tengan una especial belleza, sino que por el contrario, son más bien antiestéticos”⁵⁷. La belleza no puede radicar en lo sexual, porque aquella es una actividad reposada, contemplativa; implica una separación básica entre lo contemplado y lo que contempla, y es sólo *dentro* de esta oposición donde puede surgir lo bello. Pero ¿cómo surge? “El amor es el que crea la belleza; no existe una norma interior que obligue a amar lo que es bello, ni la belleza se presenta en lo seres humanos con la pretensión de ser amada... toda belleza es en sí misma una proyección, una emanación de la necesidad de amar, y así también la belleza de la mujer no es diferente del amor, no es el objeto sobre el que éste se dirige; la belleza de la mujer es el amor del hombre, y una y otro no son distintos, sino uno y el mismo hecho”⁵⁸. Y ahora: ¿qué es el amor? Como amor y belleza son conceptos relacionados, y el segundo no obedece a las reglas normales de los otros conceptos⁵⁹(en la belleza no hay un criterio único de belleza ante el cual se midan los demás), quizás sea más sano preguntar: ¿Qué sucede cuando *sucede* el amor? Pues bien, “en todo amor el hombre no ama otra cosa que a sí mismo”⁶⁰. El amor que engendra lo bello, no es, como suponíamos, ese amor tan amplio y tan vacío del hipismo. Las ansías de amor del hombre, surgen de las ansías metafísicas de ubicar ese Yo-mejor que ha presentado. El amor indica, con otro tono, la existencia misma de es Yo-siempre-ahí, pero también muestra la

⁵⁶ Ibid. P. 373

⁵⁷ Ibid. p. 374

⁵⁸ Ibid. p. 375

⁵⁹ Cfr. Ibidem.

⁶⁰ Ibid. p. 377

necesidad de que este Yo sea “realizado”; en este sentido el amor es una suerte de estado hénide, cuya única salvación es la belleza, que será, entonces, como la determinación de los contenidos oscuros de la consciencia; la construcción y la clarificación de tales contenidos es lo que se ha caracterizado como la verdadera posesión del Yo, pero igualmente del universo; el que exista ese Yo, el que me vea en la necesidad de ubicarlo, de volverlo carne y fotografía, es lo que lleva a la existencia lo bello y es lo que le da una importancia tan exagerada a ese objeto bello. Puede decirse que el amor es el símbolo y lo bello es su signo. “Amar significa acumular sobre un individuo, al que se hace portador de todos los valores, aquello que se desearía ser y que jamás se puede ser. El símbolo de esta suma perfección es la belleza... la belleza de la mujer es únicamente moralidad hecha visible, pero esa moralidad es la del hombre, que, con la máxima intensidad y perfección, ha transmitido a la mujer”⁶¹. La belleza es un fenómeno de proyección. Sólo puedo amar en ti aquello que quisiera ser yo mismo. Al igual que en el acto sexual, en el amor ocurre una violencia matizada, pues se usa a la mujer, el objeto donde la belleza *ocurre*, como medio de consuelo en la búsqueda de la moralidad...

...[Hablar de la mujer como el lugar donde ocurre la belleza es suponer que ella es el vacío, es suponerla carente de memoria, es decir, que aquella alma que parece mostrar en todos sus momentos no es otra cosa que una charada, una herramienta de supervivencia tal como las garras lo son para el oso; no obstante, pecando por dejar suelta temática tan controvertida y contrarrestada por los grupos LGBT del mundo entero, no vamos a profundizar en estas cuestiones, aunque nos sea necesario decir algo al respecto. Es evidente que el pensamiento weingeriano es un pensamiento de exclusión a lo femenino. Pero lo femenino no es *simplemente* un Tipo, no es sólo una denominación arbitraria para algunos principios teóricos; lo femenino es la mujer de carne y hueso. No estamos de

⁶¹ Ibid. p. 379

acuerdo con las intenciones de ciertos autores⁶² que para salvar el pensamiento de la crítica liberal, y mostrar que tiene algo que aportar al futuro, suponen que Weininger trabajó, no pensando en las mujeres de nuestros pueblos, sino más bien que lo femenino eran ciertas características de toda la humanidad; pues bien, nada más lejos de la realidad de este pensamiento; Weininger suponía la carencia de alma en las mujeres, en nuestras madres y hermanas, y toda su tesis doctoral es un testimonio explícito de ello; pero sabía que lo Femenino como tal, la nada absoluta, era imposible de ocurrir, que en lugar de esta polarización existencial había cierta bisexualidad primitiva en todo ser vivo, pero que las mujeres tenían el componente femenino mucho más presente que cualquier hombre, y que ni el hombre más bajo podría compararse nunca con la mujer más sublime, ya que esta última es ubicada, aún, en la antesala del ser. ¿Quiere decir esto que deberíamos, en honor a la tragedia femenina y en reivindicación de una sociedad más incluyente, rechazar desde el inicio su pensamiento? De ningún modo. La fuerza de su pensamiento radica en la honestidad del mismo (honestidad que se demuestra por la condición vital del autor: su teoría rechazaría la homosexualidad y el judaísmo por ser en extremo femeninos, pero él mismo era judío y homosexual), su actualidad es el desafío, y si se le quiere buscar una utilidad, si creen aún en la historia y que sólo aquello que le permite andar es bienvenido, pueden buscarla en la oposición básica a ese mismo discurso fatídico de la democracia. No se debe asesinar un pensamiento por el hecho de hacerlo “contemporáneo”. Caso extremo ocurre con la interpretación que Žižek realiza de Weininger. En intertextualidad con Lacan y el feminismo moderno, culmina su delirio sosteniendo que nuestro autor fue, a pesar de él mismo, como si un Daimon ebrio le dominara la mano, uno de los primeros teóricos del feminismo⁶³. Debe aceptarse este pensamiento en su sentido básico: la mujer es la condena del hombre, es su pecado (no obstante que el tema sexual domina gran parte del

⁶² BURNS, op. cit. p. 102.

⁶³ ŽIZEK, Slavoj. *Las metástasis del goce: seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós, 2003. Capítulo 6.

escrito, su núcleo vital ocurre en otro lado: no que la mujer sea el dolor del hombre, sino que la vida misma es ese dolor, y se ha de buscar una cura para éste). La potencia de un pensamiento radica en su honestidad, pero ante todo en la creación de un lenguaje propio; es la urgencia de vencer esa tendencia a la pereza (Nietzsche) que nos estanca *en los otros*]....

...La violencia del amor, es la de tomar por objeto algo que muy bien puede convertirse en sujeto [“Nadie tiene el derecho de difamar ni de oprimir a la mujer, aunque se trate de las más abyecta”⁶⁴] Sacrificamos a nuestros amores, sacrificamos su vida y su alma, en la posibilidad de poder adquirir una nosotros; desmembramos su espíritu y con él fabricamos el nuestro; sus gemidos son nuestra banda sonora. Pero la existencia del Yo implica la existencia del Tu, y el respeto por ese Tu que es un Yo en diferido. “Es necesario sentir la propia personalidad para comprender la de los demás”⁶⁵... “la cuestión (*entonces*) es que la condición psicológica haga imposible utilizar a los demás hombres como medio para un fin. Quien sienta su personalidad sentirá también la de los otros, y el *Tat-tvam-asi* (el “*eso eres tu*” de *Schopenhauer*) no será una bella hipótesis, sino una realidad. *El supremo individualismo es el supremo universalismo*”⁶⁶. Cuando me reconozco, incluso de manera muda, reconozco el universo que son los otros, reconozco (de cierta forma, ellos están en mí y yo estoy en ellos) su infinitud y lo valiosos que son, que son aunque *no sean* (ya que ese Tu será por siempre segunda persona). El solipsismo teórico (la creencia de que mi mente es la única existente) no es superado, como se podría creer, es más bien llevado hasta su máximo extremo; mi pecho ha absorbido todo, absolutamente todo; mi yo se ha ampliado de manera notable; mi alma se ha hecho tan grande que incluso esas representaciones, esos cuerpos que me eran tan ajenos, ahora son parte de mi mismo cuerpo, son miembros y arterias, son tendones y huesos de mi espíritu y no

⁶⁴ Ibid. p. 400

⁶⁵ Ibid. p. 314

⁶⁶ Ibid. p. 278. Los subrayados son nuestros.

puedo abandonarlos nunca más. Esta clase de hombre (un nuevo hipotético hombre H), “mediante la contemplación del mundo puede unirse al universo. Nada le es completamente extraño, está ligado a todas las cosas y todas las cosas están ligadas a él por un vínculo de simpatía”⁶⁷. La imposibilidad de superar toda clase de solipsismo⁶⁸ ha llevado a inflamarle hasta romper el posible centralismo personalista, destruir ese yo psicológico, y crear una solidaridad universal. Este es el Genio-imposible. La expresión “supremo individualismo” usada por Weininger comporta el problema de la referencia a los otros-disminuidos. Lo “individual” se opone inmediatamente a un “no-individual” colectivo del cual lo primero ha podido surgir, y se da una contraposición inmediata, como la que ocurre entre lo uno y lo múltiple. El uso de “individualismo” traería a nuestra mente un detrimento de aquello a lo que lo individual se opone, así que mientras crece lo individual disminuye lo colectivo, el Tu decrece cuando el Yo aumenta. Si cambiamos la expresión por solipsismo, tal contraste entre los dos términos anteriores no puede darse. No hay algo así como mi-yo-solipsista y el tu-solipsista. Solo existe el Yo, solo existo yo. No obstante, este primer solipsismo puede traer el problema de considerar a los otros como mera representación vacía, de donde emerge una pseudo-oposición entre mi Yo y los otros que, sin embargo, se consideran fantasmales. El solipsismo no se ha consagrado en su totalidad, ya que aún hay algo diferente del Yo, aunque sean mera sombras. Cuando este Yo se amplía de manera absoluta, cuando se configura el alma y sus contenidos de forma que todo elemento posible caiga en ese centro de la actividad que somos, cuando la física y la poesía de nuevo se reúnen en el pecho y las antiguas representaciones ajenas, los viejos fantasmas de los otros son apropiados de modo que se hacen parte del Yo, haciendo de este, ahora sí, la única entidad viviente sin ninguna realidad o posibilidad que se le oponga o se le resista, solo acá, cuando todo hace parte de mi espíritu y fuera de él no hay nada más, es cuando el solipsismo por fin puede

⁶⁷ Ibid. P. 267

⁶⁸ Cfr. SCHOPENHAUER, op. cit. V1. P. 193

surgir. *Supremo individualismo* es sinónimo de (*supremo*) *solipsismo*. Ahora siento el universo entero como mío, ninguna galaxia está tan lejos como mis manos. Puede verse, entonces, por qué el Genio comporta una responsabilidad universal, por qué su labor es agónica. El respeto por el Tu no ocurre meramente por una analogía corporal y espiritual (aunque de ellas parte) sino que (también) es auto-respeto. En este lugar el solipsismo podría resquebrajarse por un momento. El Tu es Tu porque se le otorga a ese cuerpo análogo al mío una importancia metafísica como la que yo poseo; suponemos que este Yo-absoluto que somos ocurre también en ese Tu; oscuramente, el universo que somos se nos refleja en sus pupilas; pero el solipsismo vuelve, nuestro campo de acción no puede expandirse fuera de nosotros, pues este terreno es imposible. El respeto por el Tu se amplifica, pues se considera como un posible Yo (posibilidad siempre dilatada de la ruptura del solipsismo, de poder hacer fácticamente la identificación de los pronombres) y además ese Tu que es parte de nuestras representaciones ahora, en el solipsismo absoluto, es parte de nuestra sangre, negarle es negarnos. Es por todo esto, por lo que el amor es aún considerado un crimen. Pero es uno de esos crímenes que por su objetivo pueden ser perdonados. En el amor el hombre ha visto su alma y le quiere otorgar alma a la mujer, le quiere otorgar la suprema moralidad; no obstante, ella no es apta para semejante obsequio. El hombre se realiza *en* el otro, y ésta acción trae dos consecuencias nefastas, para ese yo tan anhelado: su acción no es suya, es una acción ajena, coloca lo máspreciado en manos prestadas; al realizar ésta *en* el Tu, al utilizarlo como medio para un fin, está tratando como objeto aquello que es él mismo, está negando una parte suya, quizás una de las más importantes. No quiere decir esto que los grandes genios, entonces, no pueden amar, precisamente porque son genios y han reconocido todo lo que esto implica. La genialidad posee diversas esferas habitables, y el que un hombre ame a una mujer no es indicio de inmoralidad o pereza, antes bien indica lo grande que este puede ser (Dante); sin embargo, este camino en compañía es nebuloso. [En ti encuentro la nostalgia de lo que fui. En memoria de Rafael Orozco Maestre].

1.1.3. Films Are (As) Philosophy: Fetichizame

Hemos venido cayendo entre las imágenes de alta velocidad que es este Aleph del amor. Imágenes distorsionadas se nos fueron presentando una tras otra, como los árboles se ven difuminados y continuos en nuestros viajes por carretera. Es momento quizás de tomarnos el tiempo para poder dibujar un árbol tranquilo, tomando todos los fotogramas que hemos captado mientras nos movíamos. La caída puede ser brutal, el aire puede herirnos como hojas de navajas, y en el momento donde el terror y la velocidad parecen abrumarnos, siempre aparece uno de esos instantes de suspensión cinematográfica: el cuerpo se mueve lento, el pensamiento fluye, el *slow motion* de este Maelström nuestro, nos acoge y consuela por un breve segundo y vemos cómo algunos contornos se perfilan, se superponen, y entre su borrosa realidad se deja ver algún paisaje; luego, cumpliendo el mandato de la gravedad vital, deberemos continuar el descenso. El aire sigue (¿seguirá?) lamiendo nuestra sangre.

¿Cuánto secreto se oculta tras unos labios cerrados? Tal como nuestros deseos, las palabras de la sabiduría se gritan en braille. O eso queremos creer. Los últimos aforismos del Tratado Lógico-filosófico de Wittgenstein han revivido para estos siglos el silencio del dios de Eckhart. Es fácil reconocer la dinámica de lo silencioso, hay en ella, como en el “amor” de Weininger, un fenómeno de la transferencia... Todos mirábamos a Rafaela cuando pasaba frente a nosotros. Rafaela, la niña del colegio con los ojos más negros que nunca hubiéramos pensado. Luego de los descansos se asomaba por entre las ventanas del salón y desde el otro lado del pasillo, los que habíamos cogido los puestos más cercanos a la salida de ese enorme cuarto la podíamos ver. Nadie nunca supo sacarle muchas palabras. Rafaela nos miró a cada uno de nosotros en los sucesivos intentos de sorprenderla y nos dijo: lo que pasa es que no puedo salir. ¡Ah! Rafaela aún late en mis recuerdos porque nunca pude saber lo que estaba tras

esos ojos negrísimos. [Después de unos meses en el extranjero, Rafaela Fernández tuvo que volver al colegio, esta vez, una peluca apretada y unos lentes de contacto cubrían los daños que un severo vitíligo había hecho en su cuerpo. Los primeros días de clase sufrió una suerte de persecución silenciosa por algunos de sus compañeros que le seguían a casi todos los lados disponibles en el salón. Rafaela pensó que se habían dado cuenta de su enfermedad, que en algún momento le habrían de quitar la peluca. La asustaba, en especial, un niño que, desde otro salón, se quedaba observándola fijamente durante la mayoría de las clases. Siempre que alguno trataba de hablar con ella, los nervios activaban la úlcera que tantos meses de hospital le habían producido, y sólo podía decir, sin vomitar, que ella no podía salir muy tarde]...El silencio es la posibilidad de un paraíso siempre dilatado. Cuando se observa a una persona *silenciosa* (esto “silencioso” no remite únicamente a la ausencia de sonidos bucales, como un inocente lector podría suponer), se le supone poseedora de una sabiduría tan grande que ni siquiera palabra alguna es posible de traducir, o que este conocimiento es privativo de los que están preparados para ello. Pues bien, la gran cantidad de silencios humanos no se deben más que a la tontería de cada uno. ¿O diríamos que el maniquie es la encarnación de Buda? El amplio campo de lo silencioso, su indeterminación básica, nos permite otorgarle a este silencio la cualidad que mejor nos venga; es colocar en palabras *indeterminadas* la posibilidad de lograr un conocimiento que suponemos superior (sea el conocimiento de alguna ley divina, sea del verdadero carácter de la existencia, o incluso, podemos suponer que esa persona sufre un dolor tan mágicamente fuerte que revela la miseria primaria de la vida); fabrico el paraíso que me es más preciso, la elegía que me conviene y la escribo en ese espectro de los labios cerrados, aunque no sepa muy bien el color de ese cielo o los versos necesarios del poema; lo que importa acá es la posibilidad, el sueño de poder alcanzar algo que parece que quiero de forma más íntima. Esta transferencia y la transferencia del amor son semejantes. No nos interesa el verdadero carácter de la persona, aunque supongamos que lo que tenemos de ella en nuestra imaginación es su

ser-más-suyo; nos importa realmente la posibilidad de una especie de catarsis; catarsis, pues sin ella ese paraíso que deseamos no podría llevarse a cabo y terminaríamos en una locura melancólica. Como nos muestra Weininger (la palabra está ya toda en el hombre pues es con ella, con la conceptualización, con la determinación, con la que se crea el universo que se encuentra adormilado en su pecho; el silencio no es otra cosa que dureza de espíritu, todo se puede decir, todo se *debe* decir) y Schopenhauer (el PRS sobre el cual descansa todo es el principio explicativo último, todo fenómeno debe pertenecer a alguna de sus cuatro raíces (matemática, moral, física y lógica), ningún fenómeno no puede no-estar en una de esas 4 esferas, pues para ser fenómeno necesita existir en ellas; pero como lo anuncia el mismo nombre del Principio, todo fenómeno es la mera razón de otro y es, a su vez, sostenido por alguno más; toda la Realidad se encuentra sostenida por una palabra explicativa (dividida en 4 esferas), todo se puede decir, todo tiene una explicación (excepto la explicación misma⁶⁹, algún fenómeno 'X' ha de permitir que el discurso sobre el fenómeno 'Y' que parecía haberse detenido con la pregunta presente, continúe), como estos dos autores nos muestran desde diferentes puntos teóricos, la verdadera tragedia de la existencia no es la posibilidad del silencio, sino que absolutamente todo se pueda decir, todo secreto se diluye en la hiperdiscursividad, no hay otro-diferido que se esconda en algún lugar, todo está ya dado de una vez y para siempre, todo puede ser relatado. La auténtica angustia es que el Verbo ha conjugado todos los tiempos del universo; absolutamente todo es parte de una narración y no hay interjecciones posibles que denoten "algo más"; de ahí lo que calla diga aún mucho más que lo que se dice, porque deja a nuestras obsesiones el poder del habla.

Ese vacío del silencio parlante es lo que ponen en movimiento las dos películas mencionadas en las primeras páginas del presente trabajo, *Vértigo* y *Las vírgenes*

⁶⁹ Cfr. ROSSET, C. *Escritos sobre Schopenhauer*. p. 101

suicidas. Fabriquemos el recuerdo: las cinco vírgenes siempre fueron vistas por su protagonista, una anhelante *voz en off*, como un misterio, pero ¿de dónde nace tal misterio? Si se recorre la película una y otra vez, lo primero que se nota es el discurso siempre presente de la *voz en off*; las niñas son misteriosas porque son ajenas, porque sus padres las apresan en el hogar, amarradas apenas con unos hilos religiosos; todo contacto que tiene con ellas, aún aquellos en los que están directamente relacionados, parecen apuntar al silencio; las desean porque en ellas han podido construir toda la mitología de sus deseos, en ellas han podido construir su Yo, han hallado al mundo; la única conversación directa que tienen todos los protagonistas, ocurre en el auto cuando las niñas pueden, al fin, salir al baile del colegio, y es tan vulgar tal conversación que amenaza aquello mágico que se ha hecho sobre ellas, de ahí que la charla no dure demasiado, de ahí que no puedan existir conversaciones entre las niñas y los jóvenes excitados sentados en la acera frente a la casa de las vírgenes suponiendo la clase de misterios inenarrables que ocurren en esa habitación; toda conversación acabaría con la magia de la posibilidad, que es el verdadero anhelo de todos; “no se puede amar a nadie que se conozca completamente”⁷⁰ pues este conocimiento, que se da en el habla cotidiana, sacaría a flote la normalidad de esa naturaleza hiper-valorizada por el deseo; cuando la jovencita Cecilia va al psiquiatra, y este le dice que no hay razón alguna para que una niña de trece años se suicide ya que no conoce mucho de la vida, la respuesta, aún más misteriosa de la niña, desarma al doctor: usted no sabe qué es ser una niña de 13 años; pues bien ¿por qué no se nos muestra siquiera, a nosotros, hombres algo ya viejos y resentidos, qué es ser una niña de trece años? ¿Por qué no se nos deja ver sus Escilas y Caribdis, o por lo menos sus grietas de asfalto? ¿Por qué insinuar solamente? ¿Acaso esas tragedias de la niña son tan gigantescas que no pueden colocarse en lenguaje alguno, sea este hablado o cinematográfico? Simplemente porque no hay tal misterio, y la

⁷⁰ Weininger, op. cit. P. 387

presencia de éste se quiere reforzar con los aforismos de la ausencia; de la misma forma el suicidio de las cuatro vírgenes restantes es tan inesperado y sin razón, que sólo nos queda suponer que ellas viven un dolor tan grande e inconfesable que la directora nos lo deja a nuestra imaginación, pero ¿será así?, o ¿ese silencio de todas y cada una de las acciones de las vírgenes (en especial de Lux) quiere mantener el movimiento de algo más fuerte? El que esta película transcurre en primera persona ayuda a descifrarla aún más. La primera persona es la implicación en los hechos, no es el sujeto que observa sino el hombre que va narrando todo aquello que se le coloca frente a los ojos, no es hombre y hechos, sino hombre-hechos. El silencio de las vírgenes indica la sedimentación del primer deseo fuerte del narrador, deseo tan grande, por ser el primero y estar rodeado de circunstancias tan mágicas, que aún muchos años después recuerda todo lo que ocurrió en ese tiempo, y de vez en cuando organiza tertulias con sus exvecinos para tratar el tema de las *vírgenes*...

...Los suicidios inexplicables de las niñas y esos meses enteros de sus silencios, lograron afianzar un deseo que la pubertad naciente pedía a toda voz. Pero el deseo del sexo, o del amor, no es suficiente, quizás es algo vulgar para decirlo, por eso la Otra-parte muda tiende a aparecer justo donde más se necesita; el deseo necesita fantasmas que le pongan en juego (tal como Madeleine realiza la acción fantasmal de una muerta, pero fantasmal no por la difunta sino porque carece realmente de eso que le movía). Volveremos más adelante a esto. La otra película (con mayor maestría, narrada en tercera persona y por tanto esa sedimentación del deseo que se da más fácilmente en la narración anterior tiene que buscar mecanismos terceros que le traduzcan), *Vértigo*, funciona de forma similar: el deseo de Scottie nace en ese perfil tan perfecto que mencionábamos mucho más atrás, pero su sedimentación, la verdadera posesión, ocurre en los mas de quince minutos de persecución por San Francisco del detective; quince minutos tiempo película, en donde la mujer no ha dicho una sola palabra, donde las imágenes de él *observándola* se suceden (se seducen) una tras otra; no es

gratuito que sea una persecución, ya veremos; Madeleine muda es Scottie hablando sin cesar.

Seguramente el ojo esconde algo o, por lo menos, su apariencia gelatinosa le otorga la ambigüedad (precisa) necesaria para nuestros miedos. La navaja de Buñuel en el Perro Andaluz y la sensación de fastidio y asco que nos provoca, ese *vértigo* de la sustancia blanca saliendo de ella y la navaja traspasando aquello que bien podría haber sido agua, y que en algún sentido lo es, pues bien se dice que aquel que no llora tiene el corazón seco, y es que nuestros dolores derriten los ojos. Pero no sólo el ojo, allí, como mero objeto, como blanco con centro de colores y veteado de venas, el ojo señala algo otro (así, en minúscula). Ya sea el ojo de Norman Bates, en *Psicosis*, cuando espía en el *voyeurismo* clásico a la mujer que le ha mentado, o el ojo vagabundo de nuestro Scottie que persigue a Madeleine por la ciudad en largas tomas. O también, los ojos ausentes en tales películas: en la primera, en la escena donde Bates parece ser observado por una persona, suponemos que el detective, pero pronto nos damos cuenta que no es así, que tal “ojo” subjetivo no existía, que era la mera objetividad en la ausencia (elemento que ayuda a configurar el terror en Hitchcock⁷¹), pues en seguida nos damos cuenta que el que debía estar ocupando el puesto del sujeto que observa, apenas está llegando (el detective, y el efecto es incrementado por la mirada que el protagonista dirige hacia el foco de la cámara, como resaltando la presencia de alguien que observa); en la segunda película, cuando Scottie llega a Bernie's, en la escena ya mencionada, donde el perfil de Madeleine ocurre ausente de toda mirada, este perfil sobrevive por sí, no necesita de alguien que le observe, es la mera representación, la obsesión asentada, sedimentada cuando apenas estaba flotante. Pero el ojo tan sólo puede mirar: mirar y no tocar, como la leyenda tan famosa en los museos. Permitir la expansión del deseo, llegar hasta el objeto,

⁷¹ Cfr. ZIZEK, Slavoj. *Lacrimae rerum: Ensayos sobre cine moderno y ciberespacio*. Madrid: Debate, 2006. p. 99.

pero nunca poseerlo, desear solamente, y el objeto es la mera excusa para el deseo, su “causa ocasional”. Esta es la esencia del voyeurismo, nunca llegar al objeto, nunca acariciarlo, ver, ver y hacer que el ser del objeto viva a través de su mirada. Cuando los tentáculos lumínicos del ojo dan paso a los labios o la piel, el voyeurismo se aniquila, no puede subsistir con el objeto inmediato, cercano, respirando entre sus dientes. Scottie está mirando a la mujer, sin siquiera sincronizar sus ojos en la dirección de lo femenino; sus ojos ya la estaban viendo, y bastó una simple insinuación de sus mejillas para que ella apareciera; ella que siempre ha estado allí; ella que no es otra cosa que él. Este perfil indica que el deseo ha entrado en el campo del plano cartesiano de la existencia, que únicamente necesitaba de un impulso suave que le llevará ahí. Parafraseando a Weininger⁷², Madeleine es el pecado de Scottie, pues en ella y por ella él reconoce aquello psicótico que posee, pero también el vacío final en sus pupilas. Es la mudez presente en el voyeurismo del detective lo que le permite crear un deseo tan grande que la desilusión de la cercanía llevará a la muerte. En la persecución por la ciudad, mientras la observa, Scottie bien pudo haber dicho: “...y ahora la miro. La noche aleja suavemente la fealdad, borra la miseria, el horror”⁷³. Pero lo que aleja todo lo que ella es, lo que coloca su realidad asesina y cotidiana a un lado, es esa noche de la distancia y del (aparente) desconocimiento de ella (a su vez, es la consciencia de esa falsedad del desconocimiento y la caída de lo misterioso lo que lleva al detective a su trance de locura final), ese tercer término que se interpone, necesariamente, entre los dos e impide la cercanía...

...Mi ojo cautivado no puede más que recrearte en ese silencio. No interesa que sea la Especie la que te contempla y suspira por ese engendro que nacería de nosotros, o que mi alma oculta pueda por fin y al fin salir y respirar en el mundo gracias a tu cuerpo, en ti estoy inevitablemente yo. Toda mi obsesión de paraíso o de herederos se acelera ante tu presencia, pero cualquiera que sea, siempre

⁷² WEININGER. Op. cit. p. 467

⁷³ BARBUSSE, Henry. *El infierno*. Bogotá: Círculo de lectores, 1982. P. 16

estaré mudo. En la mujer, el hombre ha podido coger un Yo más propio, pero no porque el yo de ella sea de un nivel esencial más alto, sino porque en su cuerpo, en los alrededores de sus pómulos, se ve a él mismo, *ciego*. De ahí que la persecución exista, pues es el camino de la fabricación de ese oscuro objeto de sus ojos. Madeleine (fingiendo en todo momento; repetimos el tema de la falsedad de la mujer ya que en el paroxismo de la locura del detective, en los últimos minutos de la película, es cuando se descubre la farsa, la identificación de Madeleine la enigmática, la llena de silencios, de significados, con la vulgar Judy; es por la destrucción de lo Otro-por-venir que es la primera, por su identidad con un objeto que no moviliza al deseo, que su movimiento, como la cumbre sexual del amor, se muestren como inmotivados, como carentes de toda razón, y esto es lo que, en una amañada interpretación, le empuja a la locura y la rabia) y Scottie recorren las diferentes locaciones de la ciudad: museo, hotel, cementerio, floristería, y en todas ellas los compases de la música aumentan, señalan esa ausencia formativa, ese misterio permisivo, esa mudez charlatana. Pero el deseo tiende a desbordarse. Todo ello se deja ver en las filminas hitchcockianas de forma magistral: la presencia de la ciudad es la presencia del deseo, es su continua amplificación. Midget, amiga y examante de Scottie, es, en ese presente del film, la carencia de todo deseo; de ahí que la ciudad apenas sea un fantasma, un contexto oscuro donde ocurren las acciones; el “mundo exterior” no se deja ver; cuando salen del apartamento para averiguar sobre la susodicha Carlota Valdez que ha poseído a Madeleine, toman camino hacia la librería (proféticamente llamada Argosy), pero sólo se nos muestran o en dicho lugar o dentro del auto conversando; todas las acciones con Midget ocurren en interiores, la ciudad es un telón difuso; la mujer es un objeto entre objetos (y que se me perdone esta frase). Cuando, a mediados del film, aparece Judy (la que fingía ser Madeleine poseída por Carlota) en su realidad mortífera, la ciudad es la toma pausada de una calle, de un parque (de enamorados); el deseo funciona no de manera autónoma, con un impulso propio, sino como recibiendo el combustible del deseo anterior y frenético (Judy viene después de Madeleine); hay una cierta inercia. Y el gran

movimiento del deseo ocurre en la persecución por la ciudad, donde ésta hace presencia notoria, llegando a sus límites en el bosque de Sequoias Semper Vivas (es después de este lugar, cuando el misterio se ve acrecentado por la actitud de Madeleine señalando que ella ha vivido en un siglo anterior, cuando los amantes llegan al culmen de la pasión, el beso, la aparente liberación de la tensión y el abrazo a un paraíso que se enmarca en el batir de la olas); los exteriores siempre acompañan a esta (triple) mujer; el deseo abre el mundo, lo construye (¿Weininger?), permite acceder a una realidad cerrada, sólo posible a los amantes en este caso.

La mujer nos ha abierto un mundo nuevo, nos presenta una ciudad que sólo podía espionarse desde nuestros cuartos onanistas, y por ello le agradecemos, ahora podemos estrenar nuestra Kodak digital y tomar instantáneas de los paisajes ciudadanos. Pero cifrar toda la felicidad en un cuerpo trae sus consecuencias, en un karma metafísico. Cuando se pierde ese universo de 1,60 mts, algo se pierde en nosotros, y dos pérdidas se dan en *Vértigo*: la pérdida de Madeleine/Carlota, que llamaremos la pérdida schopenhaueriana, y la pérdida de Judy/Madeleine (nótese que Madeleine nunca ha existido, es la única de las tres que es, en verdad, un fantasma, pero es el objeto del deseo, es este objeto el que es el catalizador de la acción), que es la pérdida weiningeriana. A pesar de esta separación teórica, las dos están inevitablemente unidas. En la primera de ellas se procede por identificación con el objeto del deseo. Esto puede observarse en el sueño flamenco del detective (ocurrido después de la muerte de su amada): bañado por el sonido de las castañuelas hay la repetición de dos escenas cruciales. La primera de ellas ocurre dentro de la persecución mencionada antes: los dos implicados llegan al cementerio, Madeleine se acerca a una tumba y posteriormente cuando deja este lugar, el detective puede constatar que estaba visitando la tumba de Carlota Valdez, el fantasma que posee a Madeleine (post-fantasma); la segunda de ellas es la muerte de la amada por la caída de la catedral en la villa española. En el sueño delirante las dos escenas transcurren

así: Scottie llega, con los colores del sueño, a la tumba donde tiempo antes había estado Madeleine, pero ahora la tumba está abierta, el detective cae en ella (él es el fantasma) y la caída en la tumba, su identificación con el objeto del deseo que se refleja en que ahora, en el recorrido del vacío no es la mujer la que se ve cayendo desde la catedral (caída en el sueño que es antecedida “causalmente” por la caída en la tumba), sino él mismo, es Scottie el que ha muerto en la muerte de Madeleine/Carlota; al morir la mujer, ha muerto (una parte de) el hombre. Esta identificación total con el objeto de su deseo, es la auto-observación de la Especie; es Ella en proceso de fabricación de ese otro individuo en el que continuará dominando una frágil fenomenización; con la mujer no sólo muere ella, desaparición del accionar de un ser, sino que se ha perdido la esperanza de la Especie de reencarnar en un individuo mejor. Por eso, ya desde la primera mirada de Scottie en Ernie’s, el deseo ha tomado posesión, la felicidad muda de la cama con Madeleine se convierte en un fin mezquino que necesita arroparse con los aromas de lo infinito; todo amor, casi siempre, es amor a primera vista, y puede decirse que “ya en el encuentro de sus anhelantes miradas se enciende su nueva vida, que se revela como una futura individualidad armónica y bien combinada. Los amantes (*en nuestro caso sólo uno de ellos*) sienten el anhelo de unirse y fundirse realmente en un único ser, para luego proseguir viviendo sólo en él”⁷⁴. El dolor del detective es el dolor de la realidad misma, de la Voluntad que se ha visto truncada en su anhelo más profundo, el *presente*, el tiempo en progresivo. No obstante, esta pérdida es una pérdida “pacífica”, es la melancolía la que al final toma posesión del héroe, no pudo llegar a esa cima sexual que le habría de sumir en la desilusión, su paraíso ha muerto sin siquiera comprobar lo amargo de su realidad, por ello es que la melancolía anega su anima. La segunda de estas pérdidas es la weiningeriana, y a *Vértigo* quisiera otorgarle el nombre de la película que el mismo austriaco habría financiado. Nos mantendremos, sin

⁷⁴ SCHOPENHAUER, op. cit. V.2 p. 518. El subrayado es nuestro.

embargo, en los límites del discurso amoroso. Si en Schopenhauer el ojo quiere aniquilar su objeto y a sí mismo mediante la cercanía (el paso de lo visual a lo táctil), y es por tal cercanía por la que se genera la desilusión sexual, en Weininger el ojo (por la división de lo sexual y lo bello), la acción visual y la existencia de la distancia se mantienen inmaculados. Durante los primeros cuarenta y tres minutos de la película, Madeleine ha sido el silencio total que permite el crecimiento del deseo-siempre-ahí, y así se ha de mantener hasta pasada más de la primera hora de la cinta, sin importar que, en el entretanto, los besos hayan ocurrido; ya que estos actos sexuales mínimos ocurren aún con el misterio como acicate. Scottie ha podido, durante todo el tiempo, ir sacando elementos para fabricar su Yo en el cuerpo de la mujer; ha hecho su alma en el tiempo, no en el espacio, pues el tiempo es la forma de los estados psíquicos; y aunque lo ha hecho ciego (pues si se le preguntara por lo bello no podría más que callar) puede reconocerse; la distancia, amplificada por los continuos ataques de “misterio” de Madeleine, le brindan el campo para su labor arquitectónica...

...El hombre tiene su Yo-mejor en un cuerpo que pronto ha desaparecido, aunque lo que hemos denominado pérdida weiningeriana no genera la melancolía (o quizás, no la genera solamente, al igual que la rabia final es la analogía de la desilusión sexual y la reacción ante la cruel broma de la Especie; las dos interpretaciones se juntan siempre, no pueden alejarse por mucho tiempo). La *rabia* ocurre cuando el sujeto se da cuenta del basto error que ha cometido, que esa mujer que suponía la suma de la moralidad (reflejada en la belleza), que ese cuerpo que parecía ser la traducción de sus anhelos metafísicos más profundos, no es otra cosa que cualquier fulana. Ello ocurre así: Judy, la que fingía a una mujer poseída por el espíritu de una suicida, después de algún tiempo es encontrada por el detective caminando por la calle (el primer plano que había surgido en el restaurante, tiene acá un remedo profético: el rostro de la mujer aparece normal, simplemente el perfil es algo acentuado); éste, luego de convencerla, le hace adoptar todas las poses espaciales que Madeleine tenía

(construcción del Yo espacialmente, el remedo de un alma): vestimenta, color del cabello, todo; Judy, poco a poco, toma los caracteres de una Madeleine que hasta este momento se consideraba “real”; en el clímax camaleónico ocurre (suponemos) la acción sexual, ya no con la verdadera mujer sino con su recreación; poco después, ya siendo Judy otra vez Madeleine (sin el “silencio” continuo que hacía posible la distancia), y planeando una salida a cenar, Scottie la descubre por la presencia de un collar que pertenecería en principio a Carlota Valdez...

...El Yo construido en las coordenadas del tiempo, no cabe en los límites del espacio (con Schopenhauer: ninguna máscara es capaz de contener las dimensiones del Yo inteligible que, sin embargo, se ha de revelar nefasto), de ahí que la última escena de la transformación completa, tiene el singular aroma de una tragedia por venir; pero ese Yo-mejor que se había logrado obtener, y que ahora era remedado con telas y tintes para cabello, se ha visto fantasmal, no existía realmente ese silencio permisivo, la mujer que se amaba se muestra como un fantasma (el deseo se ha visto desprovisto de objeto alguno y, no obstante, había funcionado, acción hermana del clímax sexual); no queda ningún alma, el Yo fue una cruel broma, el universo se ha perdido por un gesto incauto, un gesto fallido quizás. Si en un primer momento es la melancolía de una posesión posible pero nunca dada la que toma el lugar, en este momento no puede ocurrir otra cosa que la rabia (*rage*), todo esfuerzo ha sido en vano, el ojo que se reflejaba a sí mismo con vestidos *Cocco-channel* deja en evidencia que no había siquiera un yo que reflejar, y para aniquilar de una vez por todas esta charada sólo queda la muerte, la muerte del farsante, muerte que viene de la mano de una monja que hace el papel de un *Deus-exmachina* vengativo...

...En las dos perdidas hermanas ha ocurrido una auto-ostensión. En una, es la Especie la que se presiente, la que se mira en las pupilas de los amantes, y que arroja a la consciencia del hombre la falta básica de motivación de sus deseos,

pues lo que desea es un fantasma; sólo se quiere desear, no importa de qué forma, con qué razones se haga, lo importante es mantener en movimiento el automóvil que nos ha de permitir recorrer una ciudad mucho más interesante. En la otra es un yo que se busca, se encuentra en un cuerpo ajeno, palpa el paraíso pero éste se le muestra como una creación tragicómica levantada con cartulina y pegante barato; el paraíso no existe, nunca ha existido, fue solamente un delirio de vida mejor, siempre seremos ciudadanos de este país. Pero las dos transcurren en el terreno de la desilusión, las dos muestran el contorno fantasmático del deseo y de la felicidad.

La fuerza que sobrepaja a *Vértigo* sobre *Las vírgenes suicidas* radica en el tipo de narrador. En la primera, la acción transcurre en tercera persona (cinematográfica), mientras que en la segunda, los hechos son narrados en primera. Esta última puede decir las cosas directamente, como cuando se dice, repetidamente, que las niñas siempre fueron algo que no se pudo conocer; allí, el trasfondo psicológico, esa supuesta causa mental que hace realizar las acciones, se intenta traducir al lenguaje, por lo que el único elemento necesario es la palabra, hay una ostensión directa. En el primer film lo que se dice, por ser un narrador ajeno a la acción, tiene que decirse con los recursos estilísticos que permitan señalar ese mismo estado psicológico que en la otra se decía directamente. En una se habla, en la otra se dibuja. Pero ambas comparten el delirio. En las *vírgenes*, como se mencionó, es el silencio de las niñas el que permite al narrador en primera persona la construcción de un objeto que movilice su deseo; de “un” objeto pero de ninguno y de todos; de ninguno porque ese silencio aniquilará toda posible determinación, el misterio masacra toda particularización puntual; de todos, porque aunque ninguno pueda sobrevivir como particular, puede sobrevivir como potencialidad, como posibilidad siempre dilatada de cumplirse, pero siempre presente, así que cada deseo en esa potencia puede sobrevivir completo pero difuso, y entonces todos pueden converger en el mismo objeto-uno, de ello que el deseo se amplifique, porque no es uno sino todos los deseos posibles de ese

hombre, deseos-mudos pero presentes como sombras. La narración de la obra de Hitchcock permite considerar lo que le ocurre al protagonista desde fuera (ser un espectador tercero de la acción) pero también saber qué pasa en su interior (basta recordar el perfil-perfecto de Madeleine al que hemos hecho tanta referencia, o su sueño flamenco); en la otra obra, por el contrario, sólo vemos lo que dice el hombre implicado, el deseo hablando, no hay punto de vista afuera que sea posible, de ahí que el misterio ronde mucho más esta que la otra, aquí no hay una Lux falsa que muestre la mascarada del amor, acá es la Especie tratando de convencernos mediante el hombre particular, acá es la Voluntad la que se apodera del discurso y nos fuerza a creer su fantasía, la fantasía nuestra...

...Volvemos en este punto a una escena hermana y ya mencionada: la de los ojos, el recorrido por el rostro. Repetimos en un intento de actualización y reforzamiento. *Vértigo*: perfil de la mejilla; labios; ojo abierto; ojo abierto hasta peligrar la confusión con la frente y los pómulos, ojo abierto de donde salen las espirales del vértigo, de la locura y el deseo traicionado. *Virgenes*: (un poco más corto el camino) ojo y boca sonriente (alrededor del minuto treinta y ocho). Todo en primerísimo plano. Ahora sí podemos decir algo claro al respecto. La mejilla de Madeleine es la ubicación del objeto del deseo, su identificación entre objetos posibles (escena del restaurante donde la cámara capta a la mujer de verde); los labios son ya el ansia de posesión, el anhelo de abrazar la belleza, la sensualidad es el combustible del deseo; si se había identificado al objeto ahora debe haber un elemento extra que le ponga en movimiento, tal será lo bello, lo sensual; pero esto bello pone en funcionamiento la construcción de esa belleza, lo bello no puede serlo si no hay alguien que diga que así es (la Especie que mira las cualidades que necesita para un nuevo ser; el hombre que presiente en la mujer lo mejor que él puede ser), lo bello y su fabricación se dan en el mismo momento (la innegable belleza de Madeleine, su potente sensualidad, se da en el mismo instante del plano subjetivo sin sujeto que le sostenga); pero si lo bello surge en su fabricación y no en su aparición, en su desvelamiento, el mismo plano subjetivo da pistas de

cuales son las cualidades de eso que se construye: la independencia del plano de la mujer, de un plano que tendríamos, y tenemos, que adjudicar a Scottie, muestra que ese deseo sólo necesitaba la insinuación de un lugar donde realizarse para poder emerger, que no es urgente, del todo, el objeto en un primer momento; el detective ha hecho la mujer que él necesitaba; sin siquiera verla sabe muy bien cómo es, cómo quiere que sea (la Especie ha fabricado aquello que le urge colocar en el fenómeno), el objeto del deseo es una mera causa ocasional de su aparición, pues el PRS pide ésta para poder fenomenizar las cosas; en el detective siempre había estado esa mujer que persigue; pero esos ojos que no existen y que nos muestran a la mujer como viéndola, y viéndola de manera casi perfecta, indican que lo que de ahora en adelante ha de ocurrir en el film es una adecuación de lo que se desea con la realidad de lo deseado; una adecuación facilitada por el misterio de la viva-muerta; hasta este lugar, el ojo hace presencia, el ojo pausado; el último, el ojo desquiciado y *vertiginoso* se hace notar tanto en la pérdida melancólica como en la pérdida weiningeriana; en las dos se da el vacío final que se muestra en el ojo, pero es quizás la segunda la que mejor se acopla al negro que surge de la pupila: ese objeto del deseo tan anhelado, no era más que una charada (recuérdese que las dos pérdidas siempre se entrecruzan y complementan), ese Yo fue una mascarada, al final cualquier mujer pudo haber hecho lo que ella hizo, se normaliza el misterio de lo femenino, cualquiera pudo haber sido ese Yo-mejor, pero ese Yo debería ser único; Schopenhauer y Weininger se hacen presentes: el deseo es cualquier deseo, sus objetos son todos; el Yo no puede materializarse en los otros, porque o bien nos muestran la farsa que somos (saliendo de la actual teoría) o bien nos traicionan y se revelan desgarradoramente vulgares, inestables, inexistentes. El hombre que comenzó en la mujer, en el perfil delicado, ha acabado en el vacío de sí mismo; el deseo se ha señalado en los ojos creyendo que allí iba a encontrarse de mejor manera, pero de ese iris infinito sólo ha salido la negrura, la ausencia, el deseo auto-ostensivo ha mostrado la tragedia de su existencia, el auto-conocimiento no lleva a otra cosa que a la auto-aniquilación porque al fin de cuentas, no había nada que conocer.

En las *Vírgenes*, el proceso quizás es más fácil: Trip (y todos los amantes de las niñas suicidas) comienza en los ojos y termina en la boca sonriente. Comenzó en sí mismo, los ojos le reflejaron, la locura ya venía asentada, pero porque ha comenzado en sí mismo, no ha podido notar su siempre-presencia en el objeto del deseo; la sonrisa de Lux indica que Trip realizó el viaje al revés, pues al iniciar con los ojos (con la obsesión ya asentada), supone que esa boca es ajena al dominio de su espíritu, supone que esa es la boca que siempre ha querido (por eso dice, en las mencionadas reuniones para alcohólicos, que fue a Lux a la única mujer que pudo amar realmente), que su deseo es el verdadero deseo de su alma; en los ojos le otorgaban a la mujer (a las niñas) todos los deseos oscuros que poseían su alma, la presencia de los ojos es la presencia de la auto-referencialidad del deseo, de su auto-construcción, pero como aquí no han terminado las cosas, ese deseo ya hecho es independizado del sujeto en la acción de los labios, el deseo que había nacido como una suerte de onanismo trascendental, se desdobra y simula independencia y suma realidad; de ahí que el misterio respecto a las vírgenes siempre continúe, no se ha podido, y no se podrá, mostrar la caries que palpita en sus dientes.

¿Cómo evitar todas las tristes consecuencias del sexo y del amor? (por favor señores, su tantrismo delirante, sus dejos de proxenetes sabios, su *amor liquido* estilo Gilmore Girls, sus declaraciones *benedittianas* de infinito y, sobretodo, esa superioridad de condones usados y llenos de orin y espermas intentando inmiscuir en sus coitos grupales al resto de la humanidad, o tratando de pseudo-humanos a aquellos que no comparten su destino de *menage à trois* no tienen cabida en este punto, para subirse el autoestima, para mostrarse que *sí* van por el camino indicado, tienen suficientes telenovelas nocturnas, pero principalmente tienen ese cuerpo que se levanta todas las mañanas a su lado, y con sudor seco en la espalda y el rostro, con orines insinuados en los interiores, les dice, en la peste de una boca que despierta: te amo). Weininger nos ha dado una pista suprema cuando en un discreto pie de página dice:

todos los hombres superiores (entiéndase como más se guste esta palabra), tanto aquellos que lo pueden expresar más o menos veladamente, los artistas, como aquellos que deben callar, los filósofos... en cuanto poseen una sexualidad desarrollada sufren más marcadas perversiones sexuales ("sadismo" y, principalmente, "masoquismo"). Tales perversiones tienen de común evadir instintivamente la completa unión corporal, el querer prescindir del coito. No hay, realmente, ningún hombre superior que no vea en el coito un acto bestial, repugnante, si es que no lo diviniza y exalta como el más profundo y santo misterio⁷⁵

El hombre es inevitablemente sexual, y como acá no se quiere hacer una "historia de la sexualidad" para recuperar eso perdido y quizás más nuestro, pues la sexualidad-amor se ha visto como una broma cruel, como una salvación de viento, el único camino es desviar lo sexual-básico y otorgarle una vía alterna de realización pero carente de las consecuencias conocidas. No obstante, todo hombre que quiera salvarse de lo sexual, debe haber caído primero en ello, pues esto se presenta como una acción de consecuencias lucidificantes. Ya sea porque, con Weininger, reconozca la presencia de su Yo-siempre-ahí, o porque, con Schopenhauer, la Voluntad sea capaz de ver cualidades suyas que antes no había visto (en los dos hay en juego la vida misma, por esto es una experiencia vital por antonomasia) o sea porque en la desilusión sexual se deja ver la ausencia de objetos de deseo y la artificialidad de ellos; sea por lo que sea es una experiencia única y necesaria. Pero una vez vista la broma que se le ha jugado (hablamos de este tercer hipotético hombre H) y si no quiere caer en ella una vez más, puede recurrir al fetichismo. Aunque sería mejor utilizar la palabra "parafilia", pues indica diversas formas "perversas" de lo sexual, y aunque la palabra "fetiche" signifique la relación con un objeto-fetiche (tal término nos hace recordar, en el mismo camino, el uso que Freud hace de él en su ensayo titulado *Fetichismo*, todo fetiche es un objeto-fetiche, es el último paraíso, el paraíso-posibilidad antes que el niño se diera cuenta que el sexo no es otra cosa que una cicatriz abierta y

⁷⁵ WEININGER, op. cit. P. 448. Para una corta pero clarificadora explicación de una especial acepción de los términos "sadista" y "masoquista" que también usa Weininger, puede verse el texto citado de BURNS, especialmente en las páginas 98 y 100.

latente debajo del ombligo de la mujer-que la mujer pueda ser considerada como un hombre castrado, en este relato nuestro ha de interpretarse como que el Yo-mejor del hombre no puede realizarse a plenitud en ella), quisiéramos conservar este término que la mayoría de personas asume como significando lo que significa “parafilia” no por otra razón que por la familiaridad de la palabra y las consecuencias significantes que la misma comporta. Toda desviación de lo sexual-básico será denominada fetichismo, todo fetichismo es perversión pues se ha comenzado la destrucción del mito de Cupido y Afrodita.

En la gran mayoría de los casos, el fetichismo perverso no involucra el culmen del acto sexual (no todos por supuesto, existen ejemplos como el Bukake o el *cream-pie* en donde el semen y la penetración son componentes esenciales). El fuerte impulso sexual se concentra en una acción que otorga la posibilidad de satisfacción de ese impulso, pero que en definitiva la está negando pues está separando a los dos cuerpos implicados. Mucho antes habíamos mostrado el fetiche de los pies, el denominado síndrome Tarantino, pero allí había una mezcla de fetichismo y acto sexual. Primitivamente, el fetiche del pie no necesita de la masturbación del hombre para poder existir; allí se veía una mezcla muy común, en donde el intento de abandono de lo sexual-básico se mezclaba con ello, trayendo consecuencias catastróficas que veremos en poco. Al *podofílico* le basta la presencia de los pies para creer que con ellos lo sexual-básico es satisfecho. Si se mantiene en su fetiche, no será necesario la eyaculación; bien puede olerlos durante horas, lamerlos, observarlos, acariciarlos, pasarlos por su rostro; todo ello le comporta una satisfacción que puede reemplazar a la del coito, pero como lo sexual-básico siempre ha de estar presente, en algún momento de la noche tendrá que llamar en su ayuda a la mano derecha y masturbarse para liberar la tensión provocada por la omnisexualidad. Un ejemplo, un poco más claro, es el que menciona el propio Weininger: el sadismo. A este hombre le es suficiente, en el ambiente, sin embargo, más propio del coito, golpear a la persona que se ha

prestado para su juego. En pocas ocasiones ha de necesitar, repetimos, si se queda en el fetiche, de la eyaculación para alcanzar la satisfacción-placebo perversa; le basta con sentir el cuerpo retorciéndose bajo su peso, y oír como la piel suena al ritmo de sus manos. Se necesita, por tanto, diferenciar entre dos esferas: el fetiche y el acto sexual (y la eyaculación). El primero puede llegar a la existencia sin el segundo. No obstante, al ser la sexualidad perversa un placebo para la sexualidad-básica, en ciertos casos tienden a mezclarse (como ya se mencionó). Y este placebo debe encontrar también lo que en él equivaldría al acto sexual (o eyaculatorio). Pero esta acción, al ser de gran variedad (la extrema variedad indica el intenso esfuerzo aplicado al placebo), no puede indicar una sola de esas acciones buscadas; por el contrario, cada fetiche tiene que convertirse en autónomo, y satisfacerse en sí mismo (y en cada fetiche hay, igualmente, una variedad surgida de cada individuo: el “podólogo”¹ prefiere que los pies a los cuales dedica su mirada tengan algunos pelos; mientras que el “podólogo”² prefiere la ausencia de un dedo en ellos). Cada uno de los actos perversos indica no sólo la forma de evadir la sexualidad-básica, sino que pone de presente el alma particular de cada uno; el fetiche será entonces, también, la expresión de una individualidad cerrada.

[Estribillo: *Todos tenemos nuestras trampas privadas. Estamos atrapados en ellas y ninguno de nosotros puede liberarse. Arañamos y rascamos, pero sólo contra el aire, sólo contra nosotros mismos. Y a pesar de todo eso, no nos movemos un sólo centímetro.* Norman Bates]

La presente elucubración respecto de los fetiches y su potencialidad, es meramente el inicio de alguna investigación posterior al respecto, por lo que se dejan señalados los aspectos más importantes y muchos otros se dejan sin profundizar; es apenas la introducción-posible a un relato más completo, por esto queremos dejar en claro lo que podemos decir acá. El fetiche, la sexualidad perversa, se convierte en vía de liberación en la medida que evita la sexualidad-básica y le otorga vía de satisfacción diferentes a las de ella. Pero como esta

satisfacción no cabe bajo los límites de lo sexual general, sino que crea su propio terreno, ella no puede, entonces, ser poseedora de una validez para todos los que ejercen la perversión, ella se independiza, se individualiza y puede tomar los colores de su portador. Con esta premisa es como puede entenderse una de las películas más perturbadoras: *La profesora de piano*. La sexualidad-básica de esta mujer es un fantasma y cuando se presenta (en la escena donde ella está boca abajo en el piso, su amante encima del cuerpo), es una experiencia traumática; toda sexualidad se ha expulsado, queda sólo la perversión, la satisfacción indirecta. Satisfacción imposible de traducir en los juegos del lenguaje de nuestro sexo normal; la perversión es la experiencia privilegiada del lenguaje privado, sólo tiene términos de traducción en sus mismas palabras, es auto-referencial, no puede entenderse con otros términos que con los suyos propios, y esta mudez es lo que genera en nosotros ese malestar, esa incomodidad particular. Escena modelo: la profesora llega a un autocinéma; entra vagando por los autos hasta que nota uno donde una pareja se encuentra teniendo sexo; pero en lugar de masturbarse observando la escena, o decantarse por un fetiche popular como el voyeurismo, la mujer se acurruca junto al auto, se baja los interiores y comienza a orinar; suponemos que esto le brinda un placer enorme, pero ese placer se nos aparece extranjero. Esta película muestra la paradoja de lo perverso (y la omnisexualidad), pues su protagonista, en la expulsión de lo sexual parece haber incrementado la presencia de lo fetiche, antes que liberación parece una condena, antes que alegría semeja tristeza y malestar. Esta paradoja *Kohut* (nombre de la profesora de piano: Erika Kohut) que también se identifica en Patrick Bateman (el protagonista de *American Psycho*, por lo que podría denominarse síndrome Kohut-Bateman) pone de relieve la ubicuidad de todo contenido sexual-básico, el placebo puede hacernos dependientes en mayor grado que aquello que pretendía sustituir. Ese Yo-mejor se ha revelado siniestro. Por la liberación, tan anhelada por religiosos, del sexo se ha de pagar algo, y es nuestra cordura y estabilidad si no se posee una fuerza espiritual enorme; al expulsar el monstruo del sexo, alguna otra criatura debe tomar su lugar.

2. CONCLUSIONES

Aún en los ojos nos quedan los recuerdos lumínicos de la caída, la huella de algo que se vio titila tenue y confundimos todo corte con un final. ¿Hemos de colocar en breves palabras el objetivo del presente escrito? ¿Diremos los ocultos motivos alcanzados de forma que se reafirme la coherencia interna del discurso? Si en este punto dijéramos que no era nuestro objetivo llevar a cabo alguna tesis, si dijésemos que esto fue un juego y un chiste algo alargado [“el humorismo... relaja todas las síntesis, para mostrar lo que es un mundo sin tonalidad”⁷⁶] y que no defenderíamos *hasta con la vida misma* este abecedario (y que ojalá nadie diera su vida, aunque no esté de acuerdo con nosotros, para que esto se pudiera decir), de seguro las bellas damitas alzarían los hombros resueltamente indignadas pero felices de nuestra confesión, y nos tildarían (con todo motivo) de post-adolescentes resentidos; al juego se le llamaría manipulación y psicopatológico, y nuestro escepticismo se vería como un anacronismo histórico aún no superado; pues bien, para ahorrar al lector y al escritor toda posible polémica, daremos la razón a las señoritas, toda vuestra discusión la habéis ganado de antemano. Aunque tampoco colocaremos en este lugar “conclusión” alguna, pues cada línea de este trabajo es ella, hemos partido de conclusiones para llegar a conclusiones, el círculo no tiene un punto privilegiado que pueda ser visto como la génesis de su geometría, cada sílaba, cada letra gira en torno de sus compañeras reales y posibles; a quien ha leído con detenimiento y gusto las páginas anteriores no le será necesaria una nueva intrusión del escritor, el objetivo puede detectarse con poco esfuerzo; hemos de acabar ya con las palabras, con la hiper-adjetivación y con las metáforas extras. Quizás este libro no encuentre lector propicio en algún tiempo, mas no porque sea una compleja epifanía, sino porque en él se encuentra

⁷⁶ Ibid. P. 496

trazado mi fetiche; si alguien, en algún momento, es capaz de compartir alguna línea conmigo; si alguna página le hace ver cuerpos que pueden acompañarse momentáneamente en sus enfermedades y compartir el hedor de sus pústulas, me daré por bien servido, aunque el resto de los hombres (de mis colegas) me miren extrañados. Mientras tanto, el Maëlstrom nos jala cada vez más fuerte, los remolinos se suceden unos a otros, y el aire toma de nuevo la textura de mil navajas.

BIBLIOGRAFIA

- BARBUSSE, Henry. *El infierno*. Bogotá: Círculo de lectores, 1982.
- HUME, David. *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Orbis, 1981
- GOETHE, Johan Wolfgang von. *Teoría de la naturaleza*. Madrid: Tecnos, 1997
- JANAWAY, Christopher. *The Cambridge companion to Schopenhauer*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- ROSSET, Clement. *Escritos sobre Schopenhauer*. Valencia: Pre-textos, 2005
- ROSSET, Clement. *Lo real y su doble: ensayo sobre la ilusión*. Barcelona: Tusquets, 1993
- SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2003. 2 Vols.
- STERN, G. David and SZABADOS, Béla. *Wittgenstein reads Weininger*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004
- WEININGER, Otto. *Sexo y carácter*. Buenos Aires: Losada, 2004
- ZIZEK, Slavoj. *Las metástasis del goce: seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós, 2003
- ZIZEK, Slavoj. *Lacrimae rerum: Ensayos sobre cine moderno y ciberespacio*. Madrid: Debate, 2006